

CRISTIANDAD

El Rosario del hogar, por el problema de los hogares

**En el Centenario de la definición dogmática de la
Inmaculada Concepción de María**

Donoso Cortés en sus «Cartas acerca de Prusia»

**«Fulgens Corona». Carta encíclica de Pío XII, decretando
la celebración del Año Mariano en todo el mundo**

«Derechismo»

Un caso de conciencia literario

LA FEDERACIÓN DE CAJAS DE AHORROS CATALANO - BALEAR

EN EL

XXIX

DÍA UNIVERSAL DEL AHORRO

31 DE OCTUBRE DE 1953,

se complace en presentar un resumen de la extensa y eficaz obra benéfico-social que en favor de sus imponentes realizan las Cajas de Ahorros federadas, como complemento de la labor de custodia y garantía de los fondos de ahorro, cuyo saldo total asciende a

10.768.000.000 pesetas

OBRA SANITARIA:

Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús, Instituto de Santa Madrona, Instituto Antituberculoso «Francisco Moragas», Dispensarios Blancos (Barcelona)- Colonia Sanatorio Antituberculoso de la Virgen de Montserrat (Torrebonica) - Dispensario Antituberculoso (Mataró).

OBRA SOCIAL A INVALIDOS, ANCIANOS E INFANCIA:

Hogar de matrimonios ancianos, Amparo de Santa Lucía para ciegos, Instituto Educativo de sordomudos y de ciegos, Instituto para la rehabilitación física de mutilados, Instituto benéfico social y R. I. V. Congregación de Nuestra Señora de la Esperanza, Patronato Superior de los Homenajes a la Vejez (Barcelona) - Hogar de la Ancianidad (Tarrasa) - Casa de la Infancia y Colonia Infantil (Mataró) - Patronatos locales de los Homenajes a la Vejez (Cataluña y Baleares)

OBRA ESCOLAR Y CULTURAL:

Escuelas Miguel de Cervantes, Inmaculada Concepción, San Vicente de Paúl, Santa María de Gracia, Santísimo Redentor, Cristo Rey, Santos Justo y Pastor, Centro de Instrucción de los Obreros (Barcelona)-Escuela Milá y Fontanals (Villafranca del Panadés)-Mutualidades y Hermandades escolares, Agrupaciones Catequísticas (Cataluña y Baleares)-Hogar del Ángel de la Guardia (Tiana)-Capilla de Ca'n Domenge (Palma)-Bibliotecas públicas y casas de cultura (Cataluña y Baleares)- Bibliotecas Museo «Francisco Moragas» y Técnica del Instituto Antituberculoso «Francisco Moragas», «Braille» para ciegos, Palabra Culta (Barcelona)-Bibliotecas (Sabadell)-Casa de la Sagrada Familia (Palma)-Casa de Cultura y Biblioteca Popular (Mataró)

Subvenciones de plazas y camas en Hospitales y Asilos, Pensiones a imponentes ancianos, Becas para estudiantes y seminaristas, Premios Día del Ahorro, Desempeño gratuito de máquinas de coser y prendas de abrigo, Bonos de caridad, Auxilios a la Maternidad, Viajes de estudios, Premios a la constancia en el pequeño ahorro, Ayudas económicas a Entidades diversas.

Las Cajas de Ahorro han contribuido de un modo especial a la resolución del problema de la vivienda, mediante la construcción de numerosísimos **GRUPOS DE CASAS Y VIVIENDAS ECONÓMICAS** para imponentes modestos.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SUMARIO

EDITORIAL:

El Rosario del hogar, por el problema de los hogares, por J. B. B. (págs. 373 y 374).

PLURA UT UNUM:

En el Centenario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María, por Francisco Canals Vidal (pág. 375 a 378).

Donoso Cortés en sus «Cartas acerca de Prusia», por Luis Creus Vidal (págs. 381 a 385).

DEL TESORO PERENNE:

Carta encíclica de Pío XII, decretando la celebración del Año Mariano en todo el mundo. Final (págs. 378 a 380).

EL BIELDO Y LA CRIBA:

«Derechismo», por F. C. V. (págs. 386 y 387).

Un caso de conciencia literario, por Arturo M.^a Cayuela, S. J. (págs. 387 a 389).

DE ACTUALIDAD

De la quincena religiosa, por Himmanu-Hel (págs. 389 y 390).

De la quincena política, por Shehar Yasub (págs. 390 a 392).

ANEXOS

Final del discurso del Papa a los participantes en el «Primum Symposium Internationale Geneticae Medicae».



El Rosario del hogar, por el problema de los hogares

Dos iniciativas, de sí diversas, del señor Arzobispo-Obispo de Barcelona han encontrado, por obra del propio Prelado, una emotiva y profunda fórmula de unificación. Nos referimos a la campaña para el rezo del Rosario, sobre todo en familia, y la que popularmente se llama de las "Viviendas del Congreso", a saber: la construcción de bloques de viviendas como fruto y recuerdo del Congreso Eucarístico de Barcelona, con las que se contribuya a subvenir la notable carencia de las mismas en nuestra ciudad.

1. Objetivo propuesto a los católicos españoles para el bienio de 1953-1954 ha sido la intensificación del rezo del Santo Rosario, sobre todo en familia. La oportunidad no podía estar mejor elegida, en estos años en que va a celebrarse el centenario de la Declaración Dogmática de la Inmaculada Concepción de María,

En tal ocasión, nuestro Prelado, siguiendo un ejemplo del propio Romano Pontífice, ha sabido encontrar una forma delicadísima de impeler a los fieles al cumplimiento de su recomendación. Ha llamado, sencillamente, a sus casas por medio de la radio, presidiendo en todas ellas un mismo Rosario.

De mí sé decir que nunca me había sentido tan próximo, tan filialmente unido a mi Prelado como en esta circunstancia en la cual él ha venido a presidir mi familia en la intimidad por espacio de un cuarto de hora cada día, consagrado a la oración.

2. Y este Rosario en familia se ha ofrecido de preferencia — entre otras intenciones — por una obra de la más urgente necesidad. Necesidad a la vez pública por su extensión e íntima por su naturaleza, a saber: la de procurar hogar adecuado a los que en nuestra ciudad y en toda nuestra Diócesis carecen de él.

Familia y hogar: dos palabras que han pasado a ser, casi, sinónimas. Porque sin hogar no puede subsistir la familia. Se comprende que la Iglesia, defensora nata de la familia, se preocupe por las que carecen de hogar, pues están amenazadas de disolución.

Precisamente, recién terminada la campaña Diocesana a la que venimos refiriéndonos, la Dirección General del Apostolado de la Oración ha propuesto para este mes a los socios del Apostolado de todo el Mundo la misma intención: "que se ponga solícito remedio a la falta de hogares".

El mal tiene, en efecto, carácter universal y acuciante. Entre las causas que han contribuido a producirlo figuran principalmente (a decir de la Dirección General del Apostolado) la emigración voluntaria o forzosa de grandes masas de población, el abandono de los campos, las destrucciones de la guerra. (En Francia fué destruido un millón de viviendas en la pasada conflagración, y ocho millones en Alemania.)

En consecuencia, un número enorme de familias se encuentra

EDITORIAL

sin hogar, sin una "habitación digna, en la que puedan llevar vida sana y virtuosa". Porque la palabra "hogar", en efecto, designa algo más que una guarida en la que protegerse de la intemperie. Pues ha de servir, a los fines de una familia compuesta de seres humanos; y ello requiere como condición necesaria, que respete y proteja aquella intimidad, aquel recogimiento y delicadeza, por los que se manifiesta, en el hombre, la vida del espíritu que le caracteriza como persona.

Así, no tan sólo la carencia de techo es carencia de hogar, sino también la carencia de intimidad. Apuntamos, con esta consideración, a poner de relieve que el hogar, propiamente dicho, es incompatible con una promiscuidad que convierte en pública la vida de familia.

Seguramente que en esta carencia de hogar, por hacinamiento de personas de todo sexo y condición en una habitación única, con frecuencia falta de las condiciones higiénicas más elementales (se calcula que en Francia existen 200.000 viviendas que no tienen ventana alguna) — empieza esta terrible "despersonalización" del hombre que constituye la plaga por antonomasia de nuestra Sociedad. No es de extrañar que de esta situación inhumana se deriven terribles males sociales. Aparte de los peligros de epidemia que tienen allí su foco (tuberculosis, tracoma, tifus exantemático, lues, etc.), lo tienen igualmente los de perversión moral, sobre todo entre la juventud. Por la misma fuente que venimos citando (la Dirección General del Apostolado de la Oración) llegan a nuestro conocimiento datos espantosos: En Francia, de nuevo, sobre 50.000 causas vistas en los Tribunales contra adolescentes, un 36% tuvo su origen en tal situación de las viviendas. En Alemania, crece continuamente el número de delitos torpes cometidos por adolescentes, los cuales alcanzan un 16,5% del total perpetrado.

Si la caridad cristiana no es lo bastane vigorosa para

impulsarnos a luchar contra tamaño mal, que lo sea, por lo menos, nuestro egoísmo; pues contra un ambiente social moral y materialmente corrompido, cual el que se gesta en la promiscuidad de estos locales que nunca merecerían el nombre de vivienda, y cuanto, menos de hogar, no vale "cordón sanitario" alguno. Todos, especialmente los niños y jóvenes, estamos amenazados de contagio.

La solución de este problema es, pues, indispensable, si queremos seriamente colaborar a la empresa pontificia "por un Mundo Mejor". Recordemos la importancia que da el Papa, en esta Cruzada, a la lucha contra la "despersonalización" del hombre a que nos hemos referido, y comprenderemos el lugar central que ha de ocupar en la misma el procurar a cada familia un hogar. Es cuestión de vida o muerte para los pueblos que se precian todavía de una civilización cristiana, y a su solución han de ponerse toda la inventiva, toda la energía, toda la generosidad de que sean capaces. La Iglesia y las Autoridades civiles de primer lugar. Luego, en la medida de sus posibilidades, también los particulares.

Nuestro Prelado (lo mismo que la Dirección General del Apostolado de la Oración) ha querido movilizar para este fin los recursos sobrenaturales de la plegaria; invocando a María en sus advocaciones "locales" de Montserrat y de la Merced. Se recurre, diríase, a esta "María con nosotros" que ha puesto su morada, su "hogar", entre los nuestros, mediante este devoto Rosario tan en consonancia con el espíritu que Ella misma nos pidió reiteradamente en sus apariciones de Fátima. Por Ella, por su Esposo San José, por el Corazón de su divino Hijo que, "al nacer en una pobrísima cueva nos enseñó, no sólo a amar la pobreza, sino a remediar la que otros padecen", reciba el Señor las oraciones de un pueblo que quiere ser suyo, y le conceda acierto para la feliz resolución de un problema que tanto dificulta la vida cristiana.

J. B. B.



NOVIEMBRE

Que se busque solución al problema de la vivienda

«Adveniat Regnum Tuum»

Causas de la escasez de viviendas:

- la emigración voluntaria de la propia patria;
- el abandono del agro, sobre todo en Europa, para ir a localidades donde florece la industria, con la esperanza de ganar más dinero con menos trabajo y darse una vida más cómoda y divertida;
- los destierros forzados impuestos por las autoridades o las circunstancias. En Europa y Asia (India, Pakistán, Palestina) hay ingentes multitudes de prófugos, que se calculan en 50 millones;
- las destrucciones de la guerra.

Fuente amarga de miseria moral. — Llamamos vivienda miserable a la que es insuficiente para contener con dignidad una familia, es decir, la que no se basta para cubrir sus necesidades materiales y espirituales. Muchísimas veces estas viviendas, por su hedor, sordidez, falta de aireación y carencia absoluta de sol y agua, se convierten en focos de enfermedad y degradación moral. Los que en ellas habitan sienten que de día en día van perdiendo la salud y poco a poco se engendra en ellos un odio irrefrenable contra sus conciudadanos, contra los gobernantes y contra el mismo Dios.

La principal víctima de la escasez de viviendas es la juventud. La casa debiera ser para las familias lo que son los nidos para las aves: el lugar donde se nace y crece, el lugar

de esparcimiento, de paz y de alegría. Sin embargo, lo que no falta a los pájaros falta a muchísimos niños que viven en guaridas de alimañas más que en hogares de hombres. En el mismo cuarto duermen padres e hijos, hermanos y hermanas, a veces dos o tres en el mismo lecho.

Niños y adolescentes se ven obligados a vivir en circunstancias desfavorables, escandalosas. Por eso pierden pronto el pudor y están en gravísimo peligro de ruina espiritual. Muchos viven en circunstancias que arrastran fuertemente al pecado y ofrecen la oportunidad de pecar.

Remedios. 1. Quitar en lo posible las causas de la excesiva afluencia de gentes hacia las grandes poblaciones, disuadiendo, por ejemplo, a los labriegos de trasladarse a ellas.

2. Los Gobiernos y las entidades privadas deben acelerar la construcción de nuevas casas, destinadas preferentemente a viviendas familiares, es decir, casas con pisos acomodados a la clase media y obrera.

3. En los suburbios, que es donde principalmente se aglomeran las gentes de condición humilde, se deben erigir nuevas parroquias o templos a fin de cultivar la vida cristiana y las virtudes sobrenaturales. En torno a esas iglesias, establécense instituciones sociales o de caridad, escuelas y patronatos para la juventud, donde los jóvenes que viven en tugurios miserables hallen lo que les falta en su hogar: aire, luz, sol, juegos, alegría...

EN EL CENTENARIO DE LA DEFINICION DOGMATICA DE LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA

1854

LAS ESPERANZAS DE PÍO IX

UNO de los acontecimientos que más hondamente conmovió, durante el pasado siglo, el espíritu del pueblo cristiano fué sin duda la definición por Pío IX, en 1854, de la Concepción Inmaculada de María. Del movimiento espiritual suscitado por aquel solemne acto del magisterio infalible del Pontificado, pudo decir muchos años después Pío X que “no había tenido semejante con ninguna otra manifestación del filial amor de los cristianos, así hacia la Madre de Dios, como hacia el Vicario de Jesucrista”.

Aquella memorable glorificación del singular privilegio de María, tan jubilosamente acogida por el instinto cristiano de los fieles, fué entonces considerada unánimemente por el episcopado y por el propio romano Pontífice, no sólo como una luminosa enseñanza y estímulo en la defensa de la vida cristiana frente al naturalismo inspirador de la lucha del siglo contra la Iglesia, sino también como una alentadora exhortación a la esperanza, y no ya sólo a la esperanza dirigida a los bienes eternos en la vida bienaventurada de los escogidos, sino a una especialísima confianza en que la misericordia de María sobre la humanidad pecadora conseguiría para la Iglesia un espléndido y maternal triunfo sobre las rebeldías del mundo y con él una fecunda y pacificadora expansión universal:

En la misma bula “Ineffabilis Deus” en que la doctrina de la Concepción Inmaculada era definida como verdad de fe católica, expresaba Pío IX aquel unánime sentimiento; inmediatamente después de las palabras en que se contenía su enseñanza infalible, diciendo:

“Con esperanza certísima, y con entera y absoluta confianza, esperamos que la misma Virgen María, que toda hermosa e Inmaculada pisó la cabeza venenosa de la cruel serpiente y trajo al mundo la salvación anunciada por los Profetas..., poderosa mediadora y conciliadora de todo el orbe cerca de su Unigénito Hijo..., que destruyó siempre todas las herejías y libró a los pueblos y naciones fieles de las mayores desgracias..., quiera hacer que la Santa Madre Iglesia católica, removidas todas las dificultades y destruídos todos los errores, se robustezca más y más cada día en todas las naciones y países, y florezca y reine del uno al otro mar y desde el principio hasta los confines del orbe de la tierra, y se goce de completa paz, tranquilidad y libertad..., para que todos los que están en el error, apartada la ofuscación de su mente, vuelvan al camino de la verdad y la justicia, y se haga un solo redil y un solo Pastor.”

1904

¿HAN FRACASADO LAS ESPERANZAS DE PÍO IX?

“¿Por qué no hemos de esperar que la salvación está más cerca de lo que pensamos?”

Cincuenta años habían transcurrido desde el anuncio de tan grandiosas esperanzas, cuando el pontífice entonces reinante, el Beato Pío X, deseando que el recuerdo cincuentenario de la glorificación de la Virgen Inmaculada despertase de nuevo en los cristianos el eco de aquella santa alegría, dirigía a la Iglesia la encíclica “Ad diem illum laetissimum” (1), uno de los más preciosos documentos

(1) Véase en CRISTIANDAD, 15 de diciembre de 1947, núm. 90.

marianos. En ella recogía de los labios y del corazón de los fieles la angustiada duda que acerca de las esperanzas de Pío IX parecía plantear la misma realidad de los hechos.

¿No parecía — pensaban muchos — que la historia de aquella segunda mitad del siglo las había por completo desmentido? ¿No habrían sido tal vez sino piadosas ilusiones, o acaso efecto de un optimismo equivocado, que se había apoyado en un inexacto conocimiento de la marcha de la sociedad en aquel siglo?

Desde las primeras palabras de aquel documento aborda Pío X la cuestión. Pero he aquí que antes de formularla y como anticipándose a ella ratifica de nuevo del modo más explícito aquellas visiones de esperanza:

“No queremos disimular que Nuestro deseo de que se despierte entre los cristianos el eco de aquella santa alegría, está sostenido sobre todo por la secreta confianza de que se han de cumplir en breve aquellas esperanzas que Pío IX, junto con todos los Obispos del mundo católico pusieron fundadamente en la solemne proclamación de la Inmaculada Concepción de María.

“No pocos hay que se preguntan por qué tales esperanzas no han tenido cumplimiento, y repiten las palabras de Jeremías: «Esperábamos la paz y este bien no vino; el tiempo de la curación, y he aquí el terror».

“Mas, ¿cómo no tildar de hombres de poca fe a quienes así desdeñan el penetrar y considerar, en realidad de verdad las obras de Dios?...”

“Habiendo sido testigos de tantos y tan grandes beneficios como en el curso de estos cincuenta años, nos ha concedido Dios por intercesión de la Virgen, ¿por qué no hemos de esperar que la salud está más cerca de lo que pensamos?”

ANTE EL AÑO MARIANO DE 1954

A quienes hoy nos disponemos a celebrar el Año Mariano conmemorativo del primer centenario de aquel acto que un siglo atrás conmovió de alegría al pueblo cristiano, bien podría ocurrir que la evocación de tan inmensas perspectivas de esperanza propuestas a los fieles a cincuenta años de distancia por aquellos eminentes pontífices, nos dejara más que nunca sumidos en la perplejidad más angustiada.

La situación del mundo que, después de haber sufrido en esta trágica primera mitad del siglo XX las catástrofes de las dos guerras mundiales, es para tantos pueblos y para tantos millones de hombres situación de indecible tragedia; la presencia en el mundo de la revolución comunista que, después de esclavizar a Rusia al fin de la primera guerra mundial, ha extendido después de la segunda su opresión tiránica sobre gran parte de Europa y de Asia, y ha reducido al silencio a la Iglesia en países que eran antiguos miembros de la Cristiandad, mientras ha arrasado florecientes fundaciones de la más reciente expansión misionera; todo esto presenta sin duda un panorama bien distinto de aquella maravillosa visión de la Iglesia floreciendo en todas las naciones, dominando de uno a otro mar, en un mundo en el que reinaran doquier la paz, la tranquilidad y la libertad.

Podríamos incluso preguntarnos si fué acaso precisamente el Papa Pío XI, que, pocos años después de aquella paternal reprensión de Pío X a “los hombres de poca fe” que lamentaban que habiendo esperado la paz, no había ésta venido, el que escribía:

“Admirablemente convienen a nuestro tiempo aquellas



Con esperanza certísima y absoluta confianza, Nos esperamos que la misma Virgen María... quiera hacer que la Santa Madre Iglesia católica, removidas las dificultades y destruidos los errores, se robustezca más y más cada día... y florezca y reine del uno al otro mar y desde el principio hasta los confines del orbe de la tierra... para que todos los que están en el error, apartada la ofuscación de su mente, vuelvan al camino de la verdad y la justicia y se haga un solo redil y un solo Pastor.

Pío IX. Bula *Ineffabilis*

"palabras de los Profetas: «Esperábamos la paz, y este bien no vino». «El tiempo de la curación, y he aquí el terror». «El tiempo de la cura, y he aquí la turbación». «Hemos aguardado la luz, y he aquí que nos hallamos con las tinieblas; la justicia, y no aparece; la salud, y se alejó de nosotros.»

¿No ha sido Pío XII quien en fecha no lejana ha advertido al mundo "que marcha sin saberlo por los caminos que conducen al abismo, almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos?"

Pero, por otra parte, ¿no ha sido también el Papa reinante quien, en el mismo paternal llamamiento en que advertía con tanta insistencia la gravedad de los peligros que nos amenazan, invitaba a los cristianos al trabajo "por un mundo mejor" alentándonos con las palabras del Apóstol: "es ya hora de despertarnos del sueño, porque está cerca nuestra salvación"?

¿Qué podremos pensar?

* * *

Sabemos desde luego que para algunos el problema que nos planteamos carece de sentido. Él se resuelve antes de plantearlo sin más que decir, que, no teniendo tales juicios

el carácter de definiciones "ex cathedra", no hay que atribuir su complejidad sino a la alternativa de impresiones personales optimistas o pesimistas sobre la compleja situación del mundo moderno. Otros lo resuelven de un modo sólo en apariencia más respetuoso con la seriedad del modo de hablar de los Papas: para ellos se trata en ambos casos, es decir, así en el de las fórmulas "optimistas" como en el de las "pesimistas", de algo así como tópicos retóricos o fórmulas que se habrían ido haciendo tradicionales en "el estilo de la curia romana".

Confesamos que ninguna de estas soluciones nos satisface plenamente. ¿Qué podremos pensar? ¿Qué deberemos sentir? ¿No se encierra misterio alguno en el lenguaje pontificio y casi como por juego se habrían llenado los documentos pontificios de tan extraordinarios juicios sobre las cuestiones de las que pende el porvenir de la humanidad entera?

No nos creemos de ningún modo autorizados para intentar dar una respuesta a este interrogante. Queremos únicamente sugerir algunas reflexiones. Continuemos, pues, meditando sobre la cuestión.

LAS ESPERANZAS DE LA IGLESIA

No muchos años después de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de María, en un libro escrito para defender la solidez y consistencia de las esperanzas expresadas en aquella ocasión por Pío IX, presentaba el P. Ramière el panorama histórico de los años que precedieron a la fecha triunfal de 1854:

"Recordemos lo que ocurrió algunos años atrás. Aterrorizados por las catástrofes que parecían amenazar con hundir en el abismo todos los derechos privados y todos los poderes públicos, iluminados por los resplandores del incendio que la incredulidad había causado en toda Europa, los hombres hasta entonces más ciegos e indiferentes se apresuraron de repente a manifestar un gran celo por la autoridad de la Iglesia. Proclamaban su necesidad y sus bienhechores resultados, desataron incluso en parte las cadenas que en muchos países tenían oprimidas las manos de la Esposa de Cristo. La invitaron a ayudarles a devolver a la sociedad vacilante su equilibrio.

"Se cumplieron entonces acontecimientos excelentes en sí mismos y que parecían prometer para un porvenir próximo resultados más felices aún. Una expedición que fué la obra de Francia entera restableció el trono temporal de Pío IX: Austria, España y otros Estados firmaron Concordatos en que se conciliaban acertadamente los derechos del poder temporal con los de la autoridad espiritual. En fin, en medio de los aplausos del mundo católico, rodeado del Episcopado, que no parecía haber estado nunca tan dócilmente unido a su cabeza, el Vicario de Cristo tributó a María aquel magnífico triunfo que iluminó con resplandor incomparable las prerrogativas del Papado y las perspectivas de la Iglesia.

"Fué entonces cuando, hablando en nombre de esta Santa Iglesia de la que es a la vez intérprete y doctor, Pío IX después de haber enseñado por su autoridad infalible lo que se debe creer relativamente a la Concepción Inmaculada de María, expresó con consoladoras palabras lo que le es permitido esperar como resultado del triunfo de su augusta Reina: «Con esperanza ciertísima, y con entera y absoluta confianza, esperamos que la inmaculada Virgen María quiera hacer»."

Estas palabras del P. Enrique Ramière se prestan a graves reflexiones. En ellas se caracteriza magníficamente el ambiente de aquella reacción conservadora que se produjo en los años inmediatamente posteriores a la revolución de 1848, entre los antiguos dirigentes del liberalismo. En aquel movimiento que, en un sentido político — y sin desconocer las beneficiosas y extensas influencias que la

Iglesia pudo ejercer desde entonces en determinados sectores sociales de las clases dirigentes de la sociedad liberal hasta entonces hostiles a su influjo — podríamos calificar justamente como la pseudo-conversión de la sociedad liberal, se vió entonces a los antiguos adversarios del pontificado convertirse en elocuentes defensores del poder temporal de Pío IX. Así pudo ser restaurado Pío IX en su trono temporal por obra de una expedición enviada por la República francesa, presidida por un antiguo carbonario que había jurado el hundimiento del Pontificado, y que no muchos años después había de trabajar todavía, hipócrita pero ya eficazmente, en el cumplimiento de su compromiso con las sectas.

En medio, pues, de aquel ambiente conservador, en el que sin duda no todo era sincera reacción de alarma ante el peligro socialista, sino que no faltaba la maligna esperanza de conseguir una "liberalización" del Pontificado y una conciliación de la Iglesia con los ideales del naturalismo masónico; en aquel ambiente, decimos, perdió al parecer su imperio el espíritu anticristiano y dejó de ser de buen tono el volterianismo que ya no parecía, por lo visto, actual y que era considerado como una reminiscencia anacrónica del siglo XVIII.

El propio Pío IX en su alocución de 9 de diciembre de 1854, al día siguiente de la solemne definición del dogma, decía:

"Tenemos que lamentar que todavía ahora exista una raza impía de incrédulos que desearían si fuere posible exterminar la religión. Si exceptuamos a éstos, hay que reconocer que los hombres de nuestro tiempo aborrecen por lo general la maldad de los incrédulos y manifiestan cierta tendencia hacia la religión y la fe. Ya sea por la atrocidad de los crímenes de que fué causa la incredulidad del pasado siglo, ya por el temor de las revoluciones que conmueven y afligen a las naciones, es evidente que el número de aquellos que se glorían y se ufanan de la incredulidad ha disminuído; y por el contrario, oímos a veces alabar la honestidad de la vida y vemos que se excita en los ánimos un sentimiento de admiración hacia la religión católica."

* * *

Tal vez podría preguntarse alguien maliciosamente, si aquella esperanza que Pío IX anunciaba en la bula "Ineffabilis Deus" no se apoyaría, en definitiva, sino en una ingenua confianza en la sinceridad del acercamiento a la Iglesia de aquellos que de 1846 a 1848 habían hecho a aquel Papa objeto de sus aclamaciones — dirigidas precisamente a conseguir la conciliación de la Iglesia con el liberalismo y el naturalismo — y que en los años siguientes parecían haber concurrido eficazmente a la restauración de la autoridad de la religión en la sociedad. En este caso el fracaso de aquella esperanza tendría una fácil explicación: el propio Pontífice se habría engañado con muchísimos católicos sobre la verdadera tendencia de la sociedad y no habría acertado a ver que aquel acercamiento respetuoso a la fe no estaba, sin embargo, en muchos casos, acompañado de la disposición a aceptar francamente el orden sobrenatural. De hecho, si entonces el espíritu volteriano aparecía como ya superado, no tardaría mucho tiempo sin que el racionalismo espiritualista que había caracterizado el laicismo universitario durante la primera mitad del siglo XIX fuese substituído por la mentalidad antimetafísica del positivismo. La destructora crítica de Renan encontraría pronto el amparo de aquel mismo poder que todavía en 1854 aparecía considerado casi unánimemente como el sostén y defensor de la Iglesia.

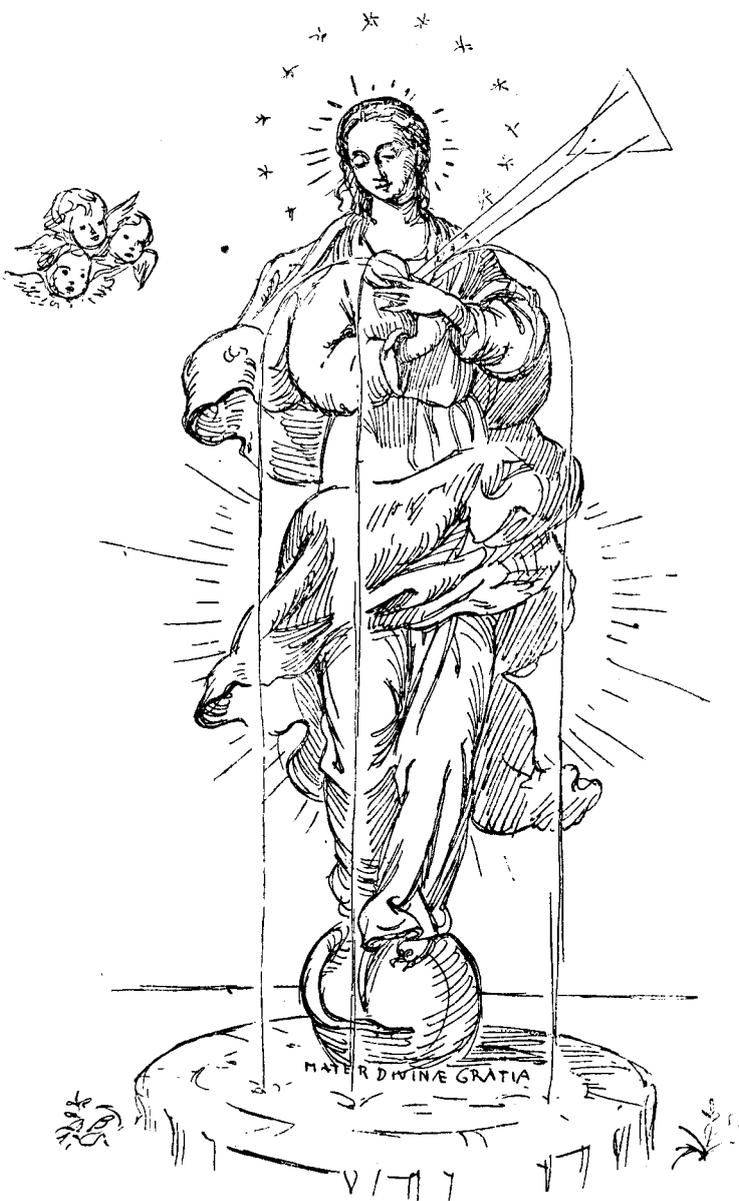
Sin entrar ahora en el estudio de los problemas históricos que se plantean en torno a este punto de vista, no podemos dejar de afirmar rotundamente que el estudio del pensamiento de Pío IX y de la dramática historia de su

pontificado desmentiría desde luego esta hipótesis. Hemos querido sin embargo plantear en este terreno la cuestión precisamente porque ello nos obligará a elevar nuestro punto de vista y a situarnos en la verdadera perspectiva.

* * *

Porque, aun concediendo la hipótesis falsa de que tal hubiera sido la actitud personal de Pío IX, esto no explicaría de ningún modo la continuidad de las expresiones de esperanza formuladas en tan distintas situaciones por distintos Papas, tan distintos a veces en lo humano.

No es aquel el verdadero terreno en que situar la cuestión. Las esperanzas de la Iglesia anunciadas desde la Cátedra de San Pedro, no se fundan en la "confianza en el hombre", en aquella confianza en el hombre maldecida por Dios. Ellas no coinciden con las ilusiones progresistas del



Con la definición dogmática de la Inmaculada Concepción la Iglesia nos muestra el corazón de esta madre Inmaculada como una fuente de pureza presta a brotar sobre el Mundo.

P. Enrique Ramière, en *Les espérances de l'Eglise*

humanismo naturalista, hipócritamente infiltradas a veces en la mentalidad de los cristianos.

No se fundan ni radican estas esperanzas como en su apoyo principal y definitivo en las fuerzas ni en los recursos de la humanidad. La Iglesia se inclina, sí, maternalmente — Esposa de Aquél que no quiebra la caña machacada ni extingue la mecha que aún humea — sobre todo aquello que en las aspiraciones o en las necesidades aún inconscientes del mundo moderno, representa una aspiración hacia la verdad sobrenatural o un resto de la herencia cristiana que constituye lo más valioso de nuestra civilización.

Pero si en estas aspiraciones se apoya la actualidad psicológica que para la sociedad contemporánea tiene todo cuanto pueda tender a la implantación del orden cristiano en el mundo, no es ésta siquiera la más íntima congruencia que nuestro mundo tiene con el advenimiento sobre él de la misericordiosa acción de la gracia. La adecuación fundamental que la humanidad caída y que la sociedad apartada de Cristo — apóstata — tienen con la salvación que la Iglesia trae consigo, es aquella que se expresó hace algún tiempo en un autorizado artículo cuya lectura convendría renovar con frecuencia a todos quienes deseen no desorientarse ni desesperar en medio de las tragedias actuales y futuras:

“Esta pobre humanidad oprimida y desgarrada por desgracias tales cuales tal vez no se habían visto hasta ahora, sigue queriendo curarse y recobrar la salud por sí misma.

”Parecen tal vez esfuerzos generosos e incluso iluminados; pero después, continuamente, aparece cada vez más la inutilidad y el error. ¿No es tal vez error que la humanidad quiera sanar y curarse por sí sola, prescindiendo, si no oponiéndose a Dios, a su Cristo, a su Iglesia, o por lo menos limitándose a un reconocimiento estéril e inoperante? Y así se llega hasta el punto monstruoso y absurdo, de que cristianos, católicos, arrastrados tal vez por la inmensidad atroz de las desgracias, o absorbidos por aquellas obras o aquellas luchas políticas de las que no pueden sustraerse, vean el remedio, sólo o principalmente, en los medios humanos, en nuevas luchas y nuevas “victorias” humanas, aunque éstas cuesten nuevas guerras y nuevas destrucciones.

”Y así nos olvidamos de que Dios en un momento podría resolverlo todo, y que quiere resolverlo, con tal que la humanidad lo reconociese y volviese a Él, no de nuevo sana, no reordenada, sino así como es: asquerosa, llagada, putrefacta; como el hijo pródigo, como la Magdalena, volviese a Él, al Padre, A SU MISERICORDIA.” (2).

“SIGNUM MAGNUM APPARUIT IN COELO”

Como una señal de salvación, como aurora de esperanza de la redención que no se trajo a los justos sino a los pecadores, brilló sobre el mundo a la mirada cristiana iluminada por la fe la Mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza. Sobre el mundo corrompido, el angélico Pío IX presentó, como decía maravillosamente el P. Ramière, “el Corazón de nuestra Madre Inmaculada como una fuente de pureza presta a brotar sobre el mundo”.

Como si el apocalíptico cuadro de la lucha del Dragón, “aquella serpiente antigua”, contra la Mujer que dió a luz al que había de regir las naciones, se desarrollara misteriosamente en la historia de nuestro tiempo, permitió Dios que, al mismo tiempo que brillaba aquella señal de victoria sobre el horizonte espiritual de los cristianos, iniciase con audacia decisiva y refinadísima hipocresía su marcha la serpiente que “estará siempre acechando contra su calcañar”...

* * *

Quiera Dios que CRISTIANDAD en el cumplimiento de su propósito de consagrar principalmente su esfuerzo, durante el Año Mariano de 1954, a la difusión de esta corriente de vida sobrenatural en el espíritu de la devoción a María a que Pío XII nos invita, pueda contribuir en algo a ayudar a sus lectores a tomar conciencia — bajo el resplandor de la gloria de María, al calor de su amor maternal —, del sentido de nuestros tiempos, de la misión y de las esperanzas de la Iglesia, de la verdadera y sobrenatural enseñanza de los Papas, de la malicia y astucia de su Enemigo.

Francisco Canals Vidal

(2) Véase CRISTIANDAD, 1 de octubre de 1951, núm. 181, págs 404 y 405. «L. a Madre Inés de Lisieux», por Giuseppe d'Arizaola.

FVLGENS CORONA

(CONTINUACION)

III

Proclamación del Año Mariano

Normas: Que se exponga amplia y claramente el dogma.—Peregrinaciones y manifestaciones de fe en los Templos de especial devoción popular.—Preces públicas en Capillas o Altares de especial advocación a la Virgen.—...Y particularmente en la Gruta de Lourdes.—Pidan especialmente la reforma de las propias costumbres.—...la pureza e integridad de la juventud.—...la bondad y fortaleza de la edad viril y madura.—...el goce de los frutos de una vida honesta para los ancianos.—...el alivio de los que padecen y la unión de los divididos.—...la libertad y sagrados derechos de la Iglesia católica en todos los pueblos. Por los perseguidos.—Por los separados por el Cisma, que sienten tanta veneración hacia María.—Añádanse a las súplicas, piadosas obras de penitencia.—Y por la paz, por la que la Bienaventurada Virgen María dió a luz al «Príncipe de la Paz»

Considerando todo esto, como es razonable, a cada uno de vosotros, Venerables Hermanos, os invitamos por medio de esta Carta Encíclica, a que, según el oficio que tenéis, exhortéis al pueblo y clero a vosotros encomendado, a celebrar el Año Mariano, que decretamos se celebre en todo el mundo, desde el próximo mes de diciembre hasta el mis-

mo mes del año siguiente, con motivo del primer centenario de la fecha en que la Virgen María Madre de Dios, con júbilo de todo el pueblo cristiano, brilló con una nueva perla, cuando, como hemos dicho, Nuestro antecesor de inmortal memoria Pío IX, solemnemente la declaró y proclamó totalmente limpia de la mancha original. Y confiamos

plenamente que esta celebración mariana pueda dar aquellos deseadísimos y saludables frutos, que todos vehementemente esperamos.

Para que fácilmente y con más éxito se consiga esto, deseamos que en todas las Diócesis se tengan oportunamente sermones y conferencias por medio de las cuales este artículo de la doctrina cristiana sea conocido amplia y claramente por las almas, para que se aumente la fe del pueblo, se excite más cada día el amor a la Virgen Madre de Dios, y de ello tomen todos ocasión para seguir gozosa y prontamente las huellas de Nuestra Madre celestial.

Y puesto que en todas las ciudades, pueblos y aldeas en que florece la religión cristiana, hay una capilla o al menos un altar en que se expone la imagen de la Virgen a la veneración del pueblo, Nós deseamos, Venerables Hermanos, que se reúnan allí sin cesar multitudes de fieles y que no solo en privado sino también en público se eleven, a una voz y con una sola alma, preces a nuestra dulcísima Madre.

Y donde quiera que — como ocurre en casi todas las Diócesis — haya un templo en el cual la Virgen Madre de Dios es venerada con especial devoción, allí acudan en determinados días del año piadosas muchedumbres de peregrinos con públicas y edificantes manifestaciones de la fe común y del común amor a la Virgen Santísima.

No dudamos de que así sucederá de una manera particular en la gruta de Lourdes, donde con tan ferviente piedad se venera la Bienaventurada Virgen María, concebida sin mancha de pecado. Preceda a todos con el ejemplo esta Alma Ciudad, que desde los primeros tiempos del Cristianismo honra con peculiar veneración a su celeste Madre y Patrona. Hay aquí, como todos saben, no pocas Iglesias en las cuales está Ella expuesta a la piedad de los romanos, pero la principal de todas es la Basílica Liberiana, en la cual todavía descuella el mosaico, puesto por nuestro Predecesor de piadosa memoria, Sixto III, insigne monumento de la maternidad divina de María Virgen; y en ella también benignamente sonríe la imagen de la «*Salus populi romani*». Ahí pues principalmente deben acudir los fieles a rezar y ante esa sagrada imagen todos expongan sus piadosos votos, pidiendo principalmente que esta Ciudad, que es la Capital del orbe católico, sea también para todos Maestra de fe, de piedad y de santidad. A vosotros, romanos, os hablamos con las palabras de Nuestro Predecesor de santa memoria, León Magno: «Si toda la Iglesia esparcida por el mundo entero debe florecer en todo género de virtudes, vosotros debéis aventajar a los demás pueblos con los frutos de vuestra piedad, ya que fundados en la base misma de la Piedra apostólica, fuisteis redimidos con todos por Nuestro Señor Jesucristo, y con preferencia a los demás fuisteis instruidos por el bienaventurado Apóstol Pedro» (Serm. III, 14; Migne P. L., LIV, 147-148).

Muchas son las cosas que en las actuales circunstancias es necesario que encomienden todos a la tutela de la Bienaventurada Virgen y a su patrocinio y potencia suplicante. Pidán en primer lugar que cada uno ajuste cada día más, como hemos dicho, sus costumbres a los preceptos cristianos, con el auxilio de la divina gracia, ya que la fe sin las obras es cosa muerta (cfr. Jac. II, 20 y 26), y ya que nadie puede hacer nada, como conviene, por el bien común, si

antes él mismo no es un ejemplo de virtud para los demás.

Pidan con insistencia que la juventud generosa y gallarda crezca pura e íntegra y no permita que la flor lozana de su edad se inficione con el aire de este siglo corrompido ni se aje con los vicios; que sus desenfrenados deseos y sus impetuosos ardores sean gobernados con justa moderación y apartándose de toda insidia no se vuelvan hacia las cosas dañosas y deshonestas sino que se eleven a todo lo que es bello, santo, amable y excelso.

Pidan todos en sus oraciones que la edad viril y madura se distinga particularmente por su cristiana bondad y fortaleza; que el hogar doméstico resplandezca por una fe incontaminada y florezca con una descendencia santa y rectamente educada, que se fortalezca por la concordia y la ayuda mutua.

Pidan finalmente que los ancianos gocen los frutos de una vida honesta de tal manera que cuando lleguen por fin al término de su carrera mortal nada tengan que temer, y no se atormenten con ningún remordimiento o angustia de conciencia, ni tengan nada de que avergonzarse, sino que se sientan seguros porque van a recibir en breve el premio de su largo trabajo.

Pidan además en sus súplicas a la Madre de Dios, pan para los hambrientos, justicia para los oprimidos, la patria para los desterrados, cobijo acogedor para los que carecen de casa, la libertad debida para aquellos que han sido injustamente arrojados a la cárcel o a los campos de concentración; el tan deseado regreso a la Patria para todos aquellos que, después de pasados tantos años desde el final de la última guerra, todavía están prisioneros y gimen y suspiran ocultamente; para aquellos que están ciegos en el cuerpo y en el alma, la alegría de la refulgente luz; y que a todos los que están divididos entre sí por el odio, la envidia y la discordia, les obtengan por sus súplicas la caridad fraterna, la concordia de los ánimos y aquella fecunda tranquilidad que se apoya en la verdad, la justicia y la mutua unión.

Deseamos de un modo especial, Venerables Hermanos, que en las fervientes plegarias que sean elevadas a Dios durante la celebración del próximo Año Mariano, se pida humildemente que — bajo el patrocinio de la Madre del Divino Redentor y dulcísima Madre nuestra — la Iglesia católica pueda por fin gozar en todas partes de la libertad que le es debida y que siempre hizo servir, como magníficamente enseña la historia, al bien de los pueblos y nunca a su perjuicio, siempre al establecimiento de la concordia entre los ciudadanos, las naciones y los pueblos, y nunca a la división de los ánimos.

Todos conocen las tribulaciones con que vive la Iglesia en algunas partes, y las mentiras, calumnias y usurpaciones con que es vejada; todos saben cómo en algunas regiones los sagrados Pastores están tristemente dispersos o encerrados sin causa justa en las cárceles, o de tal manera impedidos, que les es imposible ejercer libremente, como es necesario, sus ministerios; todos saben finalmente cómo en tales lugares no se puede tener escuelas propias, ni enseñar, defender o propagar la doctrina cristiana por medio de la prensa, ni educar convenientemente según sus enseñanzas a la juventud. Todas las exhortaciones, que sobre este asunto os hemos dirigido más de una vez y siempre que ha habido

ocasión, de nuevo os las repetimos con sumo interés por medio de esta Carta Encíclica. Confiamos plenamente que durante todo este Año Mariano, en todas partes se eleven súplicas a la poderosísima Virgen Madre de Dios, y suavísima Madre nuestra, con las cuales se consiga de su actual y valioso patrocinio, que los sagrados derechos que competen a la Iglesia y que son exigidos por el respeto que se debe a la civilización y a la libertad humanas, sean por todos reconocidos abierta y sinceramente, para utilidad universal e incremento de la común concordia:

Esta palabra Nuestra, que Nos la dicta un ardiente sentimiento de caridad, deseamos que llegue en primer lugar a aquellos que obligados al silencio y rodeados de toda clase de asechanzas, contemplan con ánimo dolorido su comunidad cristiana afligida, perturbada y privada de todo auxilio humano. Que también estos queridísimos Hermanos e hijos Nuestros, estrechamente unidos a Nós y a los demás fieles, interpongan ante el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación (cfr. II Cor., I, 3) el potentísimo patrocinio de la Virgen, Madre de Dios y Madre nuestra, y le pidan la ayuda del Cielo y la consolación de lo alto; y perseverando con ánimo esforzado e inquebrantable en la fe de sus mayores, hagan suya en esta grave situación como distintivo de cristiana fortaleza la siguiente sentencia del doctor Melífluo: «Estando en pie, combatiremos hasta la muerte si fuese necesario por (la Iglesia) nuestra Madre con las armas de que podemos disponer: no con escudos y espadas sino con lágrimas y oraciones al Señor» (S. Bern., Epist. 221, 3; Migne P. L. CLXXXII, 36, 387).

Y además también a aquellos que están separados de Nosotros por el viejo Cisma, a los que por otra parte Nós amamos con ánimo paterno, les invitamos a unirse concordemente a estas oraciones y súplicas, ya que sabemos muy bien que ellos sienten grandísima veneración hacia la Santa Madre de Jesucristo y celebran su Concepción Inmaculada. Que vea la Bienaventurada Virgen María que todos los que se glorían de ser cristianos, unidos al menos con los vínculos de la caridad, vuelven a Ella suplicantes sus ojos, sus ánimos y sus plegarias pidiéndole aquella luz que ilumina las mentes con la luz de lo alto y la unidad con que finalmente se forme un solo rebaño y un solo Pastor. (cfr. Jo. X, 16).

A estas súplicas comunes añádanse piadosas obras de penitencia, pues el amor a la oración hace «que el alma ten-

ga valor y se pertreche para las cosas arduas y se eleve a las divinas, y la penitencia hace que tengamos imperio sobre nosotros mismos, especialmente sobre nuestro cuerpo, a consecuencia de la antigua culpa, gravísimo enemigo de la razón, y de la ley evangélica. Estas virtudes, como claramente se ve, están estrechamente unidas entre sí, se ayudan mutuamente y tienden al mismo fin de apartar al hombre, nacido para el cielo, de las cosas caducas y de llevarle casi a un trato celestial con Dios» (León XIII, Enc. *Octobri mense*, d. 22 sept., a. 1891; Acta Leonis XIII, XI p. 312).

Y ya que todavía no ha brillado sobre las almas y sobre los pueblos, una sólida, sincera y tranquila paz, esfuércense todos por alcanzarla plena y felizmente y consolidarla con sus piadosas súplicas, de tal manera que así como la Bienaventurada Virgen María dió a luz al Príncipe de la Paz (cfr. Isai., IX, 6), Ella también con su patrocinio y con su tutela, una en amigable concordia los hombres, que solamente pueden gozar de aquella serena prosperidad, que es posible obtener en esta vida mortal, cuando no están separados entre sí por las envidias mutuas, desgarrados miserablemente por las discordias, e impelidos a luchar entre sí con amenazadores y terribles designios, sino que unidos fraternalmente se dan entre sí el ósculo de la paz», que es tranquila libertad» (Cic., Phil. II, 44) y que bajo la guía de la justicia y con la ayuda de la caridad, forma como conviene, de las diversas clases sociales y de las distintas naciones y pueblos, una sola y concorde familia.

Quiera el divino Redentor, con la ayuda y mediación de su benignísima Madre, hacer que se realicen con la mayor largueza y perfección posibles, todos estos ardentísimos deseos Nuestros, a los que, como plenamente confiamos, no solamente corresponderán gustosamente los deseos de Nuestros hijos, sino también los de todos aquellos que se interesan con empeño por la civilización cristiana y el progreso de la humanidad.

Mientras tanto, sea prenda de los divinos favores, y testimonio de Nuestro paternal afecto, la Bendición Apostólica, que a todos y cada uno de vosotros, Venerables Hermanos, y también a vuestro Clero y pueblo, gustosísimamente impartimos en el Señor.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día ocho de septiembre, fiesta de la Natividad de la Bienaventurada Virgen María, del año MCMLIII, décimo quinto de Nuestro Pontificado.

PIUS PP. XII



DONOSO CORTÉS

EN SUS «CARTAS ACERCA DE PRUSIA»

El porvenir sólo pertenece a Dios

No creemos hayamos de justificar mucho el que, dentro de las manifestaciones de un genio de tipo tan universal como Donoso Cortés, demos una atención especial a sus "Cartas acerca de Prusia".

Nadie tache de curiosidad nuestro reverente anhelo de profundizar este tema dentro de la herencia espiritual que nos legó aquél. Sería curiosidad impertinente, por ejemplo, el pretender alambicar el mayor o menor matemático acierto en tal o cual de sus predicciones. Que — y luego hemos de insistir en ello, por ser indispensable para la buena inteligencia de lo que nos proponemos — éste es un peligro harto común en aquellos que estudiamos, a veces quizá con excesiva ligereza, el contenido admirable de los escritos de estos colosos del pensamiento. Adolecemos, en relación con ellos, de confundir al vidente con el adivino. Olvidamos que estamos ante algo más que lo que pudiéramos llamar una barraca de feria intelectual donde se predice el porvenir. Estamos ante algo más grande.

El porvenir sólo pertenece a Dios, ante el Cual todo es presente. Si aun sus Santos Profetas, los inspirados divinamente, son por lo común enigmáticos y oscuros, por prudente y providencial designio, ¡cuánto más no lo serán los profetas puramente humanos, siquiera sean tan admirables y tan elevados como Donoso! No debemos olvidar que a éstos Dios no les ha prometido la infalibilidad; su capacidad profética, repitámoslo otra vez, es puramente humana, aun cuando en el caso de un hombre tan lleno de fe y piedad como el marqués de Valdegamas se adivinen resplandores como de una iluminación, osaríamos llamar indirecta. Por ello es que, si le examinamos bajo el frío e impertinente prisma de la evaluación matemática de aciertos o errores cuantitativos en sus predicciones, habremos de contar quizá pocas "dianas", y, en cambio, frecuentes tiros que han dado fuera del blanco. Mas esto, ¿qué importa? No calificamos al formidable pensador extremeño de vidente del porvenir por el número de sus aciertos, sino por el valor cualitativo de aquellos en que se mostró cumbre: de un modo especial aquellos en que su vista de águila parecía otear el horizonte de los siglos.

Aquí la inmensidad del bosque impide fijarse en los árboles

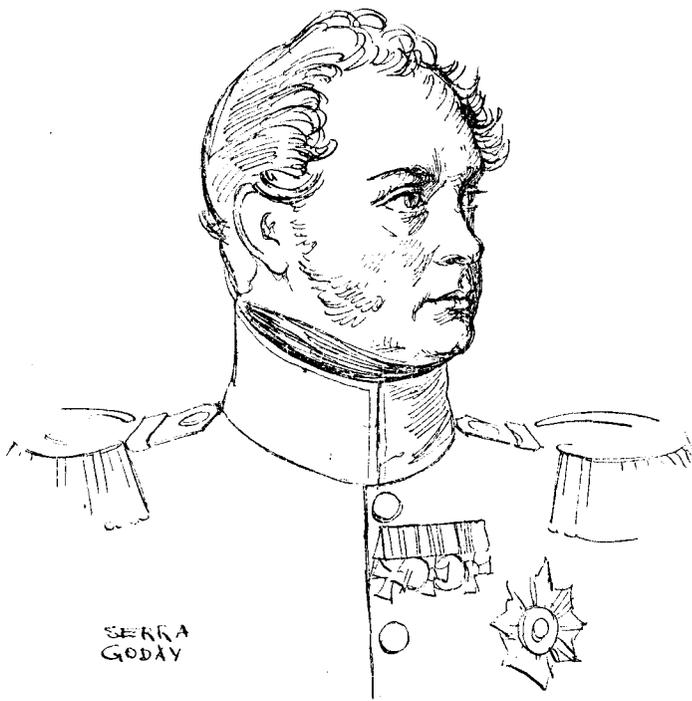
Es propio, precisamente, en los favorecidos por este sublime don de la humana profecía, otear mejor de lejos que de cerca. El mundo, la política, las pasiones, son un mar tan embravecido, movido por vientos tan contrarios y a menudo tan inesperados, por seísmos tan complejos, que no es posible predecir cuántos factores intervienen en un momento dado, al igual que un buen meteorólogo ignora si vendrá mojado por las salpicaduras del temporal que previó, o el médico no puede predecir las reservas vitales que aun pueden prolongar la vida del pobre desahuciado. Pero el buen médico, a la larga, jamás falla en su diagnóstico, y el buen meteorólogo, desde su observatorio, salvará muchas haciendas previendo la vecindad del pedrisco que la cerrazón de la atmósfera le hace anunciar como inevitable.

Por razón semejante, es común que, en la previsión del porvenir, genios como el de Valdegamas acierten de preferencia a siglo de plazo — que es, en definitiva, lo más admirable y lo más interesante —, aun cuando tengan a menudo menos fortuna en sus predicciones inmediatas. Al revés de aquellos espíritus miopes a quienes los árboles impiden ver el bosque, estos otros espíritus, quizá demasiado grandes, no reposan hasta trepar allí donde puedan saciar su vista de águila. Y la inmensidad de la selva que se les ofrece es tal, que no pueden, a veces, dejar de olvidar las marañas de las malezas o lianas por do han trepado, y que se enredan a sus pies. Las pequeñas miserias no les llegan; el contraoleaje de la Historia, que a veces provoca algún golpe de ariete enorme e insospechado, para ellos es lo de menos, pues saben bien que ha de triunfar al cabo la corriente principal y soberana a la que la Providencia, majestuosa, ha señalado una primacía. El águila no caza moscas, aun cuando éstas a veces también enreden y puncen a menudo.

Por esto no debe escandalizarnos que el marqués de Valdegamas yerre a veces cuando nos asegura, por ejemplo, antes de 1852, que un segundo Imperio francés es imposible, o que también lo es la unidad germánica (y un sagaz observador puede darse cuenta de que, en sus aseveraciones, queda siempre un gran fondo de verdad: que el yerro es poco más que circunstancial). Casi osaríamos decir, si el símil nos fuese permitido, que se distinguen claramente — por otra parte — unas ocasiones de otras: aquellas en que el genio habla como *ex cathedra*, de aquellas otras en que, en el seno de la amistad, abandonándose algo, se deja quizá llevar un poco, a fuer de humano, de sus particulares opiniones o simpatías, siempre nobles. Por esto nosotros nos hemos de fijar preferentemente en las primeras, dejando un tanto aquellas otras en que nos aparecen aquellas simpatías u opiniones tan sólo como las de un "doctor privado".

Tales son, entre ellas, cuando nos predice, estupendamente, hace un siglo, algo en aquel entonces absolutamente paradójico: que el comunismo propiamente dicho, sangriento y revolucionario, antes asentaría sus reales en San Petersburgo que en Londres; cuando señala, en sus líneas generales, el que ha de ser el castigo de Inglaterra, de aquella Inglaterra contra la que sentía una indignación tanto más racional y fundamentada en lo religioso y lo político — imparcial por tanto — cuanto que sentía hacia ella, en lo humano, una simpatía y una atracción innegables. Tal es — otro punto estupendo y digno de mención — cuando nos predice — ¡en aquella época! — la decadencia de Francia, a la que certeramente califica de *club* de Europa, siendo de notar que en aquel momento, como arrastrado por una divina locura, al dar el hecho como seguro, afirma, sin darle importancia, que ello no empece para que Francia siga siendo gran potencia "durante algunas veintenas de años". Divino don, repetimos, éste, que, al contar los espacios por siglos, considera a los lustros como nada.

Tal es, en fin, cuando nos predice "a sangre y fuego" — casi las mismas palabras que había de emplear, quince años más tarde, Bismarck — las catástrofes que sobre la vieja Europa había de provocar Prusia, aquella



Federico Guillermo IV

Prusia que, como vamos a ver y ponderar, vinculaba estrechamente con el protestantismo.

El destino apocalíptico de Prusia

Tributado este homenaje al marqués de Valdegamas —el de orientar un poco al lector para darle mejor el modo de comprenderlo—, volviendo a nuestro punto de partida, repetiremos nuestras razones para estudiar reverentemente cuanto nos diga sobre Prusia, y cómo no hay aquí curiosidad ni impertinencia. Un siglo casi exacto ha transcurrido desde entonces, y, aun cuando hemos dicho que un siglo no es gran cosa para la visión de un Donoso Cortés, aquí la magnitud del objetivo nos incita forzosamente al alto.

¿Es que ha habido, a lo largo de la Historia, muchos destinos del carácter grandiosamente trágico, casi apocalíptico, como han sido los de Prusia? ¿No es algo tan tremendo que necesariamente había de ser recogido por el vidente, tanto más cuanto que los azares de su vida le llevaron a una estancia, aunque corta, en aquel país?

Trágico, verdadero Atrida de los pueblos, el prusiano corre parejas en su destino con las Troyas o Cartagos. Es, ciertamente, este destino una de aquellas tremendas olas del mar de la Historia al que antes nos referíamos, cuando en sus designios decreta hacer tábula rasa de toda una época o de una civilización: es una de aquellas ardientes peñas que San Juan, desde Patmos, veía precipitarse en llamas dentro de las procelosas aguas del océano, símbolo de las naciones.

En 1870, Prusia, hacía poco aluvión sobrevenido, nación improvisada, potencia de segundo orden, se eleva, tras pocos años de preparación material, y otros más largos de conspiración intelectual, al caudillaje de la unidad germánica. Destruye definitivamente la tradicional hegemonía francesa y modela una nueva Europa a su imagen y semejanza. Y en 1914 desafía a todo el mundo: que otro nombre ya no tenía la primera guerra mundial, que alineó cuarenta y dos naciones contra Alemania, arrastrada por su núcleo, Prusia, y sólo penosamente secundada por los dos Imperios más auténticamente decadentes de su tiempo: el austríaco, reliquia de las mejores tradiciones,

y el turco, desecho del viejo enemigo, ya fenecido, de la Cristiandad.

La derrota que affigió a Alemania no bastó para aniquilar las energías de Prusia. Transcurren muy a penas veinte años. ¡Prusia otra vez! Es cierto que su Führer era austríaco, y que las formaciones "nazis" sentían tradicional apego hacia los escenarios bávaros; pero no había que engañarse. El motor, las energías tremendas, la vesania, si se quiere, era prusiana. Prusia —repetámoslo— una vez más contra todo el mundo. Con toda consecuencia, aquella triste antorcha destructora, Adolfo Hitler, no quiso abandonar en su último instante el *bunker* de Berlín, ni creyó en la fantasía del proyectado "reducto alpino". ¿A qué? ¿Es que, como siempre, los demás países germánicos, Baviera, Wurtemberg, Austria, no iban arrastrados por Prusia a la aventura del desafío al orbe entero? ¿Es que la pobre Italia, los míseros "satélites", Hungría, Finlandia, eran algo más que comparsas fatigados forzados a jugar su triste papel? Aquí, en los Pirineos, desengañados y perdida toda humana fe, podíamos hablar, entre 1943 y 1944, con austríacos escépticos de la Landwehr o de la Landsturm: como aquí, en todas las retaguardias, no sólo los italianos, los rumanos o los húngaros, sino también los austríacos, los bávaros, los alsacianos. Tan sólo, en los frentes, los prusianos. Prusia, siempre, aguantándolo todo, sosteniendo sus propios aliados muy a pesar de sí mismos; deteniendo el choque de todo un mundo airado, Némesis universal. Prusia sola siempre, motor y alma de la apocalíptica singladura de sangre y fuego que testifican las impresionantes ruinas de lo que fueron ciudades alemanas.

Catástrofe ésta, ciertamente, demasiado grande y demasiado trascendental para no figurar en toda primera línea entre las visiones de nuestro genio. Ciertamente que el no haberla previsto hubiera sido laguna capaz de atentar contra su profética eficacia. Y esto independientemente del hecho de que Prusia haya ya finido sus destinos históricos, o que, por el contrario, aun esté predestinada a escribir nuevas y profundas líneas en lo por venir. ¿Quién puede prever esto? Ciertamente que tras la grande catástrofe que todos hemos vivido, parecen ya dibujarse, definitivos, los dos colosos, el norteamericano y el ruso, que, por su masa —estamos en época de lucha de masas— deben polarizar fatalmente la pugna entre dos continentes. Pero, sea como fuere, a un siglo fecha de la muerte del marqués de Valdegamas, el papel jugado por el germanismo prusiano ha sido tal, de violencia tan trascendental y enorme, que no cabe silenciarlo. Y no fué ciertamente Donoso Cortés quien no lo columbró plena y certeramente, como ahora vamos a ver. Y con certero instinto además.

Circunstancias adversas, pero certero instinto

Notable este último, ya que lo corto de su estancia en Berlín no era como para facilitarle un estudio profundo sobre el mundo germánico, entonces en situación caótica. Con la dificultad, además, de su falta de dominio del alemán. Su primera carta (importa poco ahora se trate aquí, según opina Schramm, de despachos oficiales que Gabino Tejado, para poder publicar, sin necesidad de autorización, adaptó a la forma de cartas) data del 16 de febrero de 1849 y la última del 2 de julio. Estancia corta y, creemos, interrumpida además. Sus circunstancias personales, en el momento, muy mediocres, además, y poco propias para fomentar el estudio: parece como si Donoso, en la capital de Prusia, sintiese particular añoranza de su país natal, o sufriese ya, sin saberlo, los primeros embates del traidor mal que había de arrastrarlo, joven y malogrado, a la tumba. Berlín y Alemania toda —al contrario de Inglaterra, circunstancia bien notable— le eran, sin duda, personalmente antipáticas, quizá con la excepción, por lo que

se ve, de Dresde: cuestión todo ello de gusto personal. Ya en París, sentía a faltar el sol de España, según expresa al director del *Univers*: quizá su citada enfermedad le impedía gozar y comprender la dulzura de los cielos nórdicos, clementes y suaves, y de sus encantadores paisajes y campiñas de ensueño.

Las circunstancias de carácter político complicaban aún todo esfuerzo estudioso: la Asamblea de Francfort estaba en su pleno, y también en pleno caos, ella y toda Alemania. Momento, quizá el peor, para emitir cualquier juicio sereno. Ello quizá contribuiría al tono fúnebre de su voz al llegar a Berlín: a la negrura del horizonte, se añadían no escasas negruras personales.

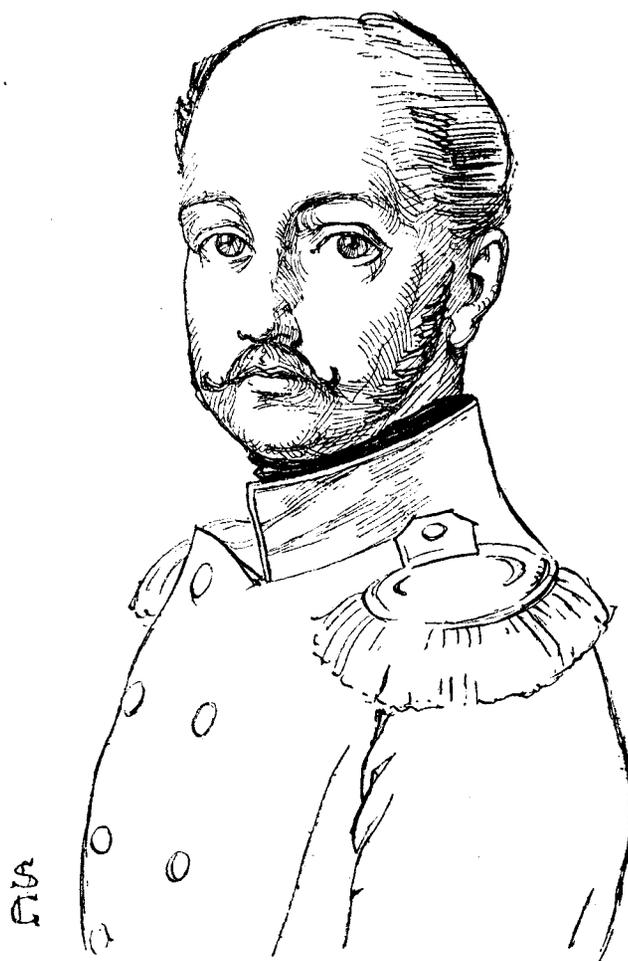
“Sin darse cuenta a sí propios de todas estas razones — escribía —, todos aquí (en Berlín) están acometidos de aquella vaga inquietud, de aquella inexplicable tristeza, de aquellos misteriosos terrores y de aquella honda desconfianza que son casi siempre síntomas ciertos de que la sociedad se siente acometida, en lo más hondo de su orguismo, de una enfermedad profunda y peligrosa. Entre todas las tristezas, la más melancólica, si me es permitido expresarme así, es la del rey. Los que le han visto años atrás y le ven ahora, afirman que ha ido decayendo de día en día de una manera rápida y sorprendente.”

1849. Caos en Alemania

Hagamos por un instante una digresión, para recordar al lector en qué circunstancias se debatía Alemania en aquel tiempo, cuando aun no era gran cosa más que un nombre geográfico. Dividida en no menos de trescientos Estados, verdadero mosaico, el mundo germánico, que había cesado en 1806 de ser el Imperio nominal que destruyó Napoleón (el viejo Sacro Imperio), y se había convertido en 1814 en una Confederación, nominal también, pero en vías de unidad, y era conducida a ella por dos grandes fuerzas: el Germanismo (este tipo de patriotismo netamente del siglo XIX, redivivo hasta ahora, fuerza muy grande, a menudo poco ponderada por nuestros grandes pensadores, que lo han minimizado en exceso ante los sentimientos más universales de socialismo o comunismo, por ejemplo), mezclado en aquel momento, en extraña fermentación, con toda suerte de ideas unitarias libero-democráticas, y el Zollverein, una realidad, la unión aduanera de los países alemanes, que sin duda ninguna fué un fortísimo motivo material de unión, presagiando otra más completa.

Pero la extrema complejidad de tantos Estados, tradiciones e intereses, parecía, aún, poco menos que invencible. El Estado tradicionalmente hasta entonces cabeza del mundo alemán, Austria, desengañada, cansada de luchas, replegada en su aristocrática grandeza, se desinteresaba de hecho de su capitánía, atenta a salvar los restos de un Imperio, ya nada germánico, que se había reservado a retales: Imperio inestable, de súbditos rebeldes de otras razas, magiars, eslavos. Prusia, que había recogido del suelo, por así decir, aquella antes citada capitánía, era esperanza y a la vez terror de los pequeños Estados, que, si lo esperaban todo de la prusiana espada de Federico II, temían a la vez todas las violencias de los prusianos granaderos del Rey Sargento. Baviera, eternamente señorial y eternamente fatua: replegada también en su aristocrática tradición, vivo ejemplar de la desorientación política más perpetua e incorregible. Hesse y Kassel, llaves de Prusia, verdadero asiento de grandes zonas y ciudades trascendentales dentro del unitarismo naciente, Baden y Wurtemberg, reclinadas en un pasado, desorientadas y temblando; las ciudades hanseáticas, Hamburgo y Bremen, refocilándose en un porvenir comercial que la unidad hacía inmenso...

Entre este caos geopolítico, la vieja Confederación, la



Nicolás I

de Príncipes y Estados, radicando en Francfort, con un viejo vicario austríaco, había de ir cediendo ante las exigencias de una Asamblea, reunida en la misma ciudad del Main, allí en sus narices, de tipo revolucionario, constituyente — por el momento frustrada — de un soñado y paradójico Imperio Democrático alemán, especie de República en donde el Presidente vendría coronado. Y el Rey de Prusia, invitado, tentado — aquí otra vez las brujas de Macbeth, citadas por Donoso, le susurrarían: “¡Tú serás Emperador!” — por la Asamblea democrática, revolucionaria, constituyente, a aceptar una diadema imperial. Luchas revolucionarias, al propio tiempo, en todas las Cortes y en todas las capitales, en el propio Berlín, extrañamente sede a la vez de todas las reacciones y de todas las subversiones, en Dresde... gritos y afán de “Constitución”, dentro de Alemania, en tanto que, fuera de ella, en 1848-9, Europa se debatía en la gran revolución. Con excepción de Inglaterra, eternamente corruptora de los demás e inmune en sí propia, y de España, salvada por el espadón de Narváez, todo el Continente era un volcán. Rusia debía salvar a Austria de la sublevación magiar, extremadamente violenta; Austria debía frenar en Italia la primera expansión revolucionaria del Piamonte. España y Francia auxiliaban a la Santidad del Papa Pío IX, que había sido arrojado de sus Estados...

El momento no era, pues, propicio para el estudio ni para la ecuanimidad. Y, lo que es más notable, los acontecimientos inmediatos que iban sobreviniendo tampoco los más propios para apoyar las tesis donosianas. Para cualquier espíritu superficial incluso muy aptos para fomentar el optimismo superficial, ante el inmediato triunfo de una Reacción que, en definitiva, sólo venía determinada en cadena por la irrupción de los cosacos en Hun-

gría. Ya lo decía Donoso poco después de su regreso, ante los "felices" reaccionarios, y lo recogió luego el Padre Enrique Ramière: para muchos, el 1848 fué ya el castigo, y lo que vino después la misericordia. "¡Ah, no!", exclamaba el marqués de Valdegamas: "¡1848 fué solamente una advertencia!" Los acontecimientos y la Historia se han cuidado de corroborar, después, con líneas candentes, quién llevaba la razón...

«¡Prusia, es el Protestantismo!»

No obstante todas estas circunstancias adversas, el marqués de Valdegamas caló bien pronto la entraña de los problemas germánicos: más aún, el nervio de los mismos. Hoy en día, hace cuarenta, cincuenta años, si se quiere, es fácil, casi un tópico, adivinar las consecuencias del dualismo fatal Prusia-Austria, o sea, Berlín-Viena, con la hegemonía de la primera sobre la segunda. Hace cien años, columbrar esto, era difícil, aun para quien tuviese visión de águila: precisa decir que, quizá en ninguna ocasión como ésta, le ayudó tanto a Donoso, en sus luces naturales, la superior ilustración que, aun en lo natural, produce la Fe. El gran pensador, el hombre prudente, no duda en arriesgar aquí una afirmación simplista, definitiva: "¡¡Prusia, es el Protestantismo!!".

«La Prusia es una maravilla en la historia de las naciones...»

Oigámosle. Breves, sus cartas "acerca de Prusia" son, sin embargo, definitivas. Una de las últimas, sobre todo, la de 12 de junio de 1849, es el perfecto resumen teológico-histórico de lo que es Prusia y de su papel en el mundo. Oigamos uno de sus primeros párrafos. "Por lo demás, este gran acontecimiento tiene algo de providencial cuando se le considera desde el punto de vista, de la Historia. La Prusia es una maravilla en la historia de las naciones y la familia de sus príncipes otra maravilla en la historia de las casas reinantes. No hay nación ni familia reinante que no haya llegado a la grandeza por un camino determinado: sólo la Prusia y la familia de sus príncipes han llegado a la grandeza por todos los caminos; por el de los tratados, por el de las conquistas, por el de las guerras, por el de las compras y hasta por el de los desastres. Cuando no se han levantado por las grandes virtudes, se han levantado por las grandes perfidias; cuando su engrandecimiento no ha venido de la nación, ha venido de los reyes; para subir a la cumbre en donde están se han apoyado con igual éxito, ayer en el absolutismo, hoy en las revoluciones."

.....

"...Entre los desastres de 1807 y las glorias de 1815, dos grandes ministros, el barón de Stein y el príncipe de Hardenberg, acometieron y llevaron a cabo reformas prodigiosas en todas las instituciones económicas y civiles; la Prusia fué en estos tiempos tres veces grande: grande por su infortunio, grande por las ciencias y grande por las armas. El espíritu reformador, teniendo su asiento en el trono, penetró por todos los miembros del cuerpo social y lo cambió todo pacíficamente: las ciudades se transformaron, los castillos cayeron, los campos se vivificaron, la agricultura se extendió prodigiosamente, la industria tomó un rapidísimo vuelo, los vastos y complicados resortes de la máquina administrativa se movieron a compás, como las infinitas ruedas de un reloj ordenado.

"Desde 1815 hasta ahora, dos grandes sucesos han venido a cambiar el semblante de la Alemania, y ambos han sido favorables al engrandecimiento siempre creciente de la Prusia: el uno es grande en el orden político y se

llama la revolución; el otro es grande en el orden económico y se llama la Asociación Aduanera. La Asociación Aduanera dió a la Prusia la dirección económica de la Alemania; la revolución, que acaba con otros Estados, ha venido a poner en sus manos el cetro de la dominación política."

Sagaz analista de la política caótica...

Y quisiéramos acabar estos modestos comentarios sobre las cartas del marqués de Valdegamas, señalando otro aspecto que quizá pudiera quedar inadvertido. Frecuentemente los grandiosos pensamientos de Donoso, su visión de águila de la Historia y de los acontecimientos, son tan celebrados que ocultan otro valor, menos ponderado en él: el de sagaz político. En estas cartas vibra, particularmente, esta sagacidad. Su certera y apocalíptica visión de lo futuro no impide una clara visión de la realidad, al revés de lo que hemos hecho observar acontece en otros genios, y en el propio del marqués de Valdegamas en otras ocasiones. El triunfo inmediato, aun cuando fugaz, de la Reacción, no le podía pasar por alto, y era por lo demás previsible, desde el momento en que el coloso ruso — entonces omnipotente — se lanzaba a la palestra poniendo toda la carne en el asador; contra la eficacia del látigo cosaco, momentáneamente podían poco los charlatanes — aquella charlatanería parlamentaria de la que Donoso Cortés tanto se mofaba — de la flamante Constituyente de Francofort. Pero su certera visión alcanza más allá que este cuadro pasajero; lo más notable en estas cartas del marqués de Valdegamas es el análisis agudísimo que hace de todos los personajes, organismos, tendencias y opiniones que se mueven en el ajedrez germánico de 1849. Donoso nos explica clarísimamente — su mente es el hilo de Ariadna que nos sirve para debelar aquel inmenso enredo — las paradojas que abundan en el tablero absurdo. La alianza entre el rey de Prusia, místico, despótico, absoluto, y la Democracia. El rey aspirante a la Corona Imperial, Presidencia de una especie de gran República alemana coronada. Es, sencillamente, la clásica historia del cesarismo auténtico la que nos revela Donoso como incubando en Alemania y singularmente en Prusia. En realidad, la acción del rey de Prusia, Emperador en potencia, que no quiere nada entre él y el pueblo: cesarismo auténtico e inorgánico, lo más opuesto a la vieja tradición, humana, político-cristiana del Estado orgánico y jerarquizado.

"Cuando Federico Guillermo IV — escribe — era todavía Príncipe de Prusia, hizo la oposición a su padre, rey benigno y justiciero; su oposición se fundaba en que el rey no era en realidad absoluto, lo cual era a los ojos del príncipe el mayor pecado de los reyes. Lo que impedía en Prusia el absolutismo era aquella sabia administración que fué años atrás la admiración de la Europa, y que suplía con ventaja a las instituciones políticas de otras naciones menos afortunadas. Ahora bien, como cuando la administración está organizada admirablemente, al rey no le toca otra cosa sino dejar la administración que administra, pareció esto al príncipe un abuso intolerable, y no perdonó a la administración que fuera, por decirlo así, usurpadora de la soberanía y del reinado. Desde entonces se propuso acabar con aquella administración que servía de límite a la potestad de los reyes.

"Cuando, después de haber subido al trono, lleno de estas ideas, vió venir hacia sí a la revolución y a la demagogia, se propuso, desde luego, convertirlas en instrumento de dominación, "instrumentum regni", y puso manos a la obra.

.....

"Como, según el sistema de Federico Guillermo IV, todo

el mal consistía en que entre el pueblo y el rey había una administración que, administrando los intereses del primero, limitaba la potestad del segundo, tuvo a dicha el levantamiento popular, por medio del cual se prometía a sí propio dar al traste con esa administración usurpadora, dejando sólo en pie al rey arriba y el pueblo abajo, y a los dos en contacto mutuo sin necesidad de mediadores.

"Esto sirve para explicar por qué ha mirado sin conmoverse el trastorno administrativo y social producido por una Asamblea demagógica, y por qué ha visto tranquilo la profunda perturbación de todos los intereses sociales, teniendo a sus órdenes un ejército fidelísimo, compuesto de doscientos mil hombres.

"Disuelta la Constituyente, el rey dió una Constitución a sus pueblos; en esta Constitución todo el mundo ha visto la democracia; lo que no ha visto todo el mundo, y lo que, sin embargo, está en ella, es el absolutismo. Esa Constitución, tal como es, es la expresión más perfecta y acabada de las opiniones del rey. Un trono muy alto y un pueblo muy grande, y nada entre ese trono altísimo y ese gran pueblo: eso es la Constitución y a eso se reduce la política del rey."

...De lo que los alemanes, en su misticismo demagógico, llaman la «Idea»

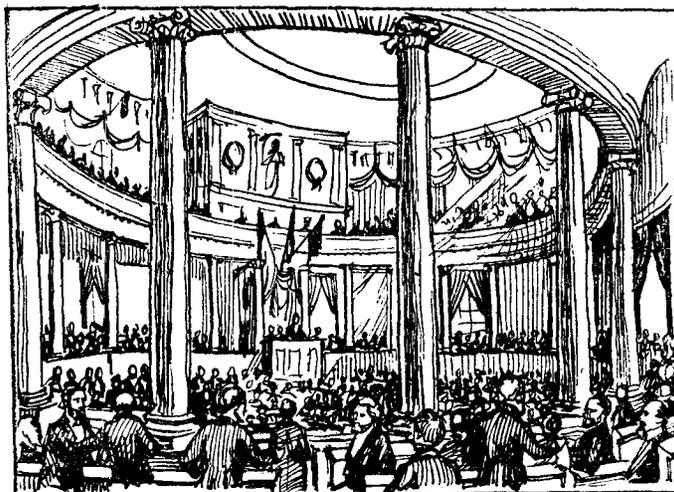
Alguien — nada sospechoso, por cierto, de antigermanismo — ha dicho certeramente: Prusia ha sido la mancha negra de Europa. Es cierto. Porque, como enseñaba Donoso, personificaba el Protestantismo y, al propio tiempo, en cierta manera también, a esta tremenda hija suya, la demoníaca filosofía alemana, con su peculiar "Weltanschauung" esencialmente destructor, anarquista y anti-

cristiano. No es extensa la incursión de Donoso al difícil terreno de la Filosofía dentro de esta carta, pero bastará para calificarle de perfecto observador y de profundo conocedor de aquella podredumbre del pensamiento el párrafo que le dedica en su carta del 1.º de mayo de 1849:

"¿Cómo se explica, si no, ese hecho, único en los anales humanos, de una Asamblea compuesta de sonámbulos políticos, que decreta cuanto se la ocurre, que no se para ante ningún inconveniente, que no se detiene ante ningún obstáculo, que no abre los labios sino para proclamar un absurdo, que está sola, absolutamente sola, sin un batallón a sus órdenes, y que, sin embargo, tiene en jaque a todos los poderes constituidos, paraliza con su voz a todos los ejércitos, lleva el espanto al corazón de todos los reyes y conmueve a todas las muchedumbres? Si esta Asamblea no es fuerte, ¿cómo hace todas estas cosas? Y si es fuerte, ¿de dónde le viene la fuerza? La fuerza le viene de lo que los alemanes, en su misticismo demagógico, llaman la "idea". La "idea", que en el mundo moral es lo que la electricidad en el físico: una fuerza impalpable, misteriosa, a la que nada se opone y nada resiste. La "idea", que es aquella gota corrosiva que disuelve instantáneamente el organismo social: la "idea", que no es otra cosa sino el "mal", el "mal absoluto", el mal por excelencia, que para mejor combatir se ha revestido hoy día de una forma única, con la cual va a reñir su combate supremo y su última batalla. La democracia, en fin, que es el mal hecho "legión", el mal encarnado en la muchedumbre.

"En eso consiste la fuerza de la Asamblea de Francfort; usted, con su penetración, alcanzará fácilmente a comprender lo que esa fuerza tiene de incontrastable y terrible. La Asamblea podrá desaparecer; pero, ¿cómo ha de desaparecer la fuerza de que dispone, si esa fuerza está a un tiempo mismo en todas partes?"

LUIS CREUS VIDAL



La Asamblea de Francfort en 1848-49



« Derechismo »

¿Por qué el "derechismo" se ve siempre desbordado?
 ¿Por qué ha llegado a ser considerado como sinónimo de incapacidad política y de predestinación al fracaso?
 ¿Cuáles son las consecuencias del "pas sans ennemis à droite" sobre el culto mismo de la verdad y el respeto a la tradición?

Vea usted en este artículo de nuestro redactor F. Canals — aparecido en las páginas del semario barcelonés *Momento* — las razones del malhadado sino de una mentalidad que, a despecho de sus tendencias, ha venido a facilitar, en el fondo, el avance de la revolución en todos los campos.

La derecha y la izquierda nacieron en los Parlamentos.

Conviene siempre tenerlo presente para explicarse la anomalía específica de la mentalidad "derechista", que la ha dejado siempre inerte ante la "izquierda" y ha sido causa de que "derechismo" haya llegado a ser considerado como sinónimo de incapacidad y de predestinación al fracaso.

La derecha no sólo nació en los Parlamentos; nació del parlamentarismo. La derecha vino a ser aquel sector político que, en el ambiente del constitucionalismo liberal, quería salvaguardar el orden y la autoridad, claro está que dentro de la ortodoxia del liberalismo. O, como se dijo en ocasiones célebres, era el partido de quienes querían *conciliar la libertad con el orden*.

El orden y la libertad no son de suyo cosas incompatibles. Si tanto se hablaba de su conciliación era porque aquella libertad que se propugnaba era la del liberalismo, que siempre había sido y *continuaría siendo siempre* bandera revolucionaria; mientras que el orden que se trataba de defender era precisamente el nacido de la Revolución.

Se comprende, pues, que la operación no dejase de tener sus dificultades. Había que defender frente a la execrada "reacción" el orden revolucionario, y para ello había que proclamar como buenos e inmortales los principios de la Revolución y dar por buenas sus más revolucionarias em-

presas: aquellas que — como la desamortización eclesiástica o la expropiación en Francia de los bienes de los "emigrados" — habían hecho nacer precisamente el "orden nuevo". Pero al mismo tiempo había que evitar que la Revolución misma, en sus nuevas fases más radicalmente revolucionarias, pusiese en peligro las "preciosas conquistas" ya conseguidas.

Así nació la mentalidad "moderada" o "conservadora". Sobre el "conservadurismo" hay quien opina que, según el origen etimológico del término, es la ideología o actitud política de los "conserva-duros". Sea lo que sea de esta cuestión filológica, podemos encontrar una "definición real" del mismo en aquel juicio de Balmes, según el cual el partido conservador es *conservador de la Revolución*.

Los "conservadores", ante las nuevas etapas de la Revolución, debían adoptar actitudes que les exponían necesariamente a ser acusados de "reaccionarios", de enemigos de la libertad y del progreso, etc. Ante tan gravísimo insulto su "reacción" no podía ser otra que la de acusar a su vez a las "izquierdas" de corruptoras de la libertad y *sostener y proclamar que eran ellos — los "derechistas", los "conservadores" — los verdaderos y sinceros liberales*. Con esto ya podemos llegar a definir la derecha tal como aparece formada en la madurez y edad de oro del parlamentarismo liberal: la derecha, el "partido del or-

den", defensor de los principios y de los intereses conservadores, es *el partido liberal propiamente dicho*, precisamente porque es — según observó con genial paradoja el P. Ramière — el más *inconsecuente de los partidos liberales*.

Por esto, mientras la izquierda — que encarnaba el dinamismo revolucionario — tuvo por lema "pas d'ennemis à gauche", y así lo proclamó y así lo ha practicado, en el fondo, siempre, la derecha podría haber formulado la ley de su conducta en esta norma: "pas sans ennemis à droite". Mientras la izquierda proclamaba que nada le parecería demasiado revolucionario, la derecha se esforzaba siempre por poner de relieve lo "moderado" y "prudente" de su actitud anti-revolucionaria, y se gloriaba por ello de poder mostrar, como testimonio de su amor a la libertad y al progreso, que no dejaba de ser considerada ella misma como revolucionaria por los "extremistas de la derecha", por los "reaccionarios".

* * *

El resultado necesario de esta situación fué el constante desplazamiento hacia la izquierda, no sólo de la opinión y de los partidos, sino de la norma de valoración con que se juzgaba del derechismo y del izquierdismo de tal o cual actitud.

Antes de 1848, la "democracia" era "izquierdismo", y la derecha era adversaria del sufragio universal. Esta derecha liberal y antidemocrática atacaba a la democracia de falsear y destruir el verdadero liberalismo, y de ser por esto tan funesta como la reacción misma.

Años después, la democracia anti-socialista sería ya admitida como liberal y "de orden" por los antiguos liberales. Desde la derecha, ya *liberal y democrática*, se acusaría al socialismo de ser adversario de la verdadera democracia y por lo mismo reaccionario y destructor del progreso y de la libertad.

Hoy en día hemos ya oído hablar de socialismo moderado y "de derecha", es decir, "anticomunista". Ya hemos oído ataques "conservadores" contra el comunismo ruso, en los que se le acusa de ser enemigo de la libertad y de la democracia, precisamente por haber falseado y traicionado los *ideales progresivos y moderados del socialismo*.

Por este camino pronto se nos hablará de un "comunismo de derechas". Por otra parte, y sin que ello sea en el fondo contradictorio, se da el caso de que los partidos que recogen la mayoría de los votos "conservadores" y "derechistas" toleran que se les

llame "de centro", prefieren que se les considere "izquierdistas" y llegan a considerar insultante el ser llamados "derechistas" y "conservadores", así como hace un siglo era para ellos intolerable que se les considerara "reaccionarios", aunque se gloriaban todavía del título de "conservadores". Ya hemos visto emplear por las actuales derechas "izquierdistas" como *slogan* electoral esta sugestiva proclama: "La verdadera revolución la hacemos nosotros". Si, en el comienzo del proceso, la derecha era el verdadero partido liberal, se ha llegado ya al punto en que la "derecha" se proclame el verdadero partido revolucionario, o lo que es lo mismo, la verdadera "izquierda". *La revolución ha seguido su camino.*

* * *

Un hecho todavía más lamentable ocurrió a lo largo de este proceso. Cuando los "conservadores" tuvieron que temer todo de la revolución violenta y franca y mucho menos que temer por parte de la "reacción", ya reducida a la impotencia, llamaron en su auxilio a los que llamaban "reaccionarios", es decir, a aquellos que habían conservado de algún modo los principios y el espíritu a que la Revolución se oponía. Les invitaron a la unión en defensa de los "principios y de los intereses conservadores"; les llamaron a combatir bajo la bandera del "orden" y también bajo la de la "libertad". ¿Acaso no era justo exigir a los "reaccionarios" que renunciases a sus "extremismos inquisitoriales" y a sus "utopías medievalistas" y se hiciesen así útiles a la salvación de la sociedad?

Pocas veces dejaron los antiguos "contrarrevolucionarios" de ceder a la tentación "conservadora". Le llamamos tentación porque, aunque era muy propio del auténtico espíritu contrarrevolucionario ayudar siempre a todo cuanto pudiese frenar la Revolución violenta, no lo era tanto que el fusionismo "derechista" viniese a confundir y a diluir aquel espíritu en una actitud "conservadora" — es decir, sucesivamente "liberal", democrática, centrista, izquierdista moderada, *verdaderamente revolucionaria*, etc. —. El resultado fué casi la extinción de la ideología y la actitud que hubiera sido necesaria y adecuada a la empresa política más grandiosa y difícil de todos los tiempos: la lucha contra la Revolución.

* * *

Con la política tiene que ver todo desde arriba o desde abajo —, y sobre todo las realidades y valores más

fundamentales en la vida humana. La religión, la filosofía, los gustos literarios, las costumbres, la educación y, en fin, todo esto que ahora se llama "la cultura".

Por esto la evolución "conservadora" de la lucha "contrarrevolucionaria" tenía que traer consigo esta grave consecuencia. En todos los aspectos, el combate cristiano se contagió más o menos de un espíritu que podríamos caracterizar como el de un "conservadurismo cultural". Este conservadurismo substituyó y debilitó — hasta destruirlo muchas veces — el culto de la verdad y por lo mismo el respeto a la tradición. Fué también "conservador de la Revolución". El papel "fusionista" que en lo político habían jugado "los intereses comunes", por cuya salvación se olvidó la *defensa y la restauración del orden cristiano*, lo ejercieron también en la lucha ideológica las burguesas y racionalistas ilusiones de "la cultura", de "la altura intelectual", de la "amplitud de criterio", de la "objetividad e imparcialidad científica" (¡Santo Dios!) y desde luego las supremas ilusiones de la "originalidad", del "espíritu progresivo" y "creador", y de la "actualidad".

Por lo mismo, la actitud de este "derechismo" cultural ha obedecido también a la consigna "Pas sans ennemis à droite". Para comprobar la "altura" y la "actualidad" de un pensador acusado de reaccionario es indispensable exhibir el glorioso hecho: también él tuvo enemigos en la "extrema derecha". Y el que fuese considerado progresista por los reaccionarios hace patente hasta qué punto fué él

"comprensivo" y "abierto" en su diálogo con los heterodoxos.

Si el lector reflexiona sobre esta situación, verá que ella debía inevitablemente producir un desplazamiento continuo de la norma con que se juzga de las mismas doctrinas. El "conservadurismo cultural" queda, pues, sumergido en una dialéctica "evolucionista" y "progresista". ¿No consiste acaso su defensa en proclamar también que "somos nosotros" — los "conservadores" — los verdaderos "innovadores", y que en resumen *la verdadera revolución — también en el orden de la cultura y del pensamiento — la hacemos nosotros*?

Es fácil ver que por este camino no se va probablemente sino a la ruina de la verdad. O, en el mejor de los casos, no se va a ninguna parte.

* * *

¿Acaso defendemos como actitud adecuada la de neutralidad entre la derecha y la izquierda?

De ningún modo. Creemos que conviene precisamente denunciar en el "conservadurismo" su inversión de valores y su fidelidad a los principios revolucionarios. Pero si alguien entiende por "derechismo" el auténtico espíritu de defensa del orden cristiano contra la Revolución anticristiana — y así lo entienden muchos que *al atacar a la derecha* defienden en el fondo el espíritu revolucionario —, entonces creo que no habría que hacer otra cosa sino proclamarse "ultraderechista".

Pero esto es precisamente a lo que la "derecha", conservadora de la Revolución, no se atreverá jamás.

Un caso de conciencia literario

¿Es lícito, salva la conciencia, alabar públicamente los méritos literarios de escritores abiertamente opuestos a la fe católica, al culto católico o a la moral católica?

SENTIDO DE LA CUESTION

Como en todas las cuestiones que se someten a controversia, así también en ésta que hoy nos planteamos — porque ya es hora de acometerla de frente — se necesita definir con exactitud el significado que demos a cada palabra de la pregunta; a fin de que el sentido total de la cuestión quede perfectamente claro y nítidamente enfocado. Sólo entonces cabe contestar, y proceder a las pruebas.

Por no anteponer a la solución del caso una explicación diáfana del alcance de los vocablos, a menudo se barajan, se obscurecen o se mutilan

las ideas, se dan sofismas por verdades, y se eternizan las disputas, sin sacar nada en limpio, tras discusiones prolijas y acaloradas. Menester es, ante todo, ponernos de acuerdo sobre lo que cada uno queremos decir; y, puestos ya de acuerdo, razonar con las menos palabras posibles y el mayor rigor lógico posible, dando de mano a cualesquiera prejuicios y pasiones, y usando un estilo más bien intelectualmente severo, sin irisaciones de fantasía que distraigan, ni armónicos afectivos que interesen el

corazón. Y finalmente, estar con lealtad a lo que los razonamientos den de sí. Este es el método con que se enseña y se disputa en las aulas y en

las controversias de la Filosofía seria. Apliquemos este proceder, tan lógicamente científico, a la cuestión presente.

I

¿De qué escritores hablamos?

De aquellos en cuyos escritos, habitual y paladinamente, según el tenor de las palabras, se niegan o se escarnecen los fundamentos de la religión, así natural como sobrenatural (sin los cuales la fe católica no puede sostenerse), o cualesquiera verdades de fe, propuestas como tales por la Iglesia docente; o se habla como si tal o tal dogma no existiese; o se profesan, o se defienden, o se presentan como razonables y deseables cualesquiera errores contrarios a los dogmas o a la moral de la Religión Católica; o, en fin, se desprecian, ridiculizan o denigran las cosas pertinentes al culto católico y a las tradiciones eclesiásticas, o las personas sagradas, o las instituciones aprobadas y alabadas por la Iglesia para fines religiosos.

Para que un escritor quede incluido en los escritores de que hablamos, no es preciso que sus libros hayan sido condenados explícitamente por la autoridad eclesiástica, ni puestos en el *Índice de libros prohibidos*. Basta que sean de tal índole, que de hecho estén comprendidos entre los libros que de un modo general prohíbe a los fieles la Iglesia en su Derecho Canónico leerlos sin especial permiso de la autoridad eclesiástica competente. La serie de los géneros de semejantes libros prohibidos *ipso iure* por la Iglesia se hallará en el canon 1.399 del *Codex Iuris Canonici*.

No estará de más traducir aquí cinco de los apartados de dicho canon, para que la Crítica se entere de la prohibición que pesa sobre no pocos de los escritos a los que con tan culpable indulgencia y tan de ligero se colma de elogios.

Por el mismo derecho se prohíben:

2.º Los libros de cualesquiera escritores, que defienden la herejía o el cisma, o que ponen su empeño en destruir de cualquier modo los fundamentos mismos de la religión.

3.º Los libros que atacan ex profeso la religión o las buenas costumbres.

4.º Los libros de cualesquiera académicos que ex profeso tratan de la religión, a menos que conste no contenerse en ellos cosa alguna contra la fe católica.

6.º Los libros que impugnan o cualquiera de los dogmas católicos, o se burlan de ellos; los que defienden errores condenados por la Sede Apostólica; los que denigran el culto divi-

no; los que se empeñan en demoler la disciplina eclesiástica, o se burlan del estado clerical o religioso.

9.º Los libros que ex profeso tratan de cosas lascivas, o las cuentan o las enseñan.

Basta recordar los asuntos de no pocas obras literarias de tantos autores tan bombeados por la crítica venginglera, para asombrarse de la inconsciencia de la tal Crítica (que a veces será malicia), en su actitud ante escritores evidentemente incluidos en alguno o en varios de los números de este canon. Con el fin de precisar mejor cuál es la índole de los escritos en que sus autores se muestran abiertamente contrarios a la fe o al culto católico, nos ha parecido conveniente, antes de establecer la proposición de nuestro caso de conciencia literario, o sea, nuestra tesis, anteponer, a modo de muestrario, unos pocos pasajes entresacados de alguno de esos escritores cuya recomendación la Iglesia reprobaba y que a pesar de tan terminante reprobación, sigue siendo el ídolo de muchos que de católicos se precian. En los párrafos siguientes quedará concretada y como señalada con el dedo la oposición a la fe y doctrina cristiana. Por razones obvias de prudencia y decoro prescindiremos de ejemplos que patenticen el ataque o la contradicción a la moral católica. Eso es cosa que no pide declaración, pues el grave inconveniente salta a la vista.

Ejemplos de pasajes contrarios a la fe y a la doctrina cristiana. — Burla impía. “Es costumbre en esta tierra mía (España) que Dios ha puesto de un empellón fuera del alcance benéfico de su vieja mano rugosa, contestar a la guapeza con algún gesto de jaque” (1).

Blasfemia. “No creo que haya tema más delicado para la sensibilidad de un poeta que este milenar dolor de un pueblo (el judío), que eligió Dios como vaso en que contenerse. ¡Pobre Yahvé magnífico, dios de la inquietud y de la melancolía! Tú que tenías el fuego en la una mano y el maná en la otra, y te ponías a arder en las retamas al borde de los caminos! ¡Pobre Yahvé que, según Nietzsche, has venido a ser el dios de todos los barrios viejos del mundo! (2). (Todas las razones del mundo no serán pode-

rosas para persuadirnos de que escritos donde se han estampado tan espantosas blasfemias sean acreedores, por ninguno de sus aspectos, a los elogios de un católico que pone la sagrada Biblia, como inspirada por Dios, sobre su cabeza, y adora y ama a su Dios con toda su mente y con todo su corazón. No queda en su ser resquicio donde quepa el menor lugar para acoger el loor a la blasfemia, y a tal blasfemia, caída de los labios infectos del impiísimo filósofo alemán.)

Negación de un dogma. “Los señores Valle-Inclán y Rubén Darío tienen su puesto asegurado en el cielo. Los que probablemente irán al infierno — al infierno de la frivolidad, único que hay — son los jóvenes que, sin ser Valle-Inclán ni Rubén Darío, les imitan malamente (3).

Profesión de panteísmo. “Lo divino es como el lugar imaginario sobre que el hombre proyecta cuanto halla en sí de gran valor... Dios queda disuelto en la historia de la humanidad; es immanente al hombre; es, en cierto modo, el hombre mismo padeciendo y esforzándose en servicio de lo ideal. Dios, en una palabra, es la cultura (4).

Racionalismo y modernismo. “Como San Pablo no había visto a Jesús, necesitaba figurárselo. San Pablo fué el primer teólogo; es decir, el primer hombre que del Jesús real, concreto, individualizado, habitante de tal pueblo, con acento y costumbres genuinas, hizo un Jesús posible, racional, apto por tanto para que los hombres todos y no sólo los judíos, pudieran ingresar en la nueva fe. En términos filosóficos, San Pablo objetiva a Jesús (5). (Adviértase, de paso, cómo aun los mismos errores que el autor no hace sino tocar, son de los más vulgares y resobados, y refutables con poquísimos textos del propio San Pablo.)

Condenación de los dogmas y mandamientos, y de todo el orden sobrenatural. “El repertorio de eso que tenemos que pensar sobre Dios y eso que tenemos que hacer u omitir, no podemos averiguarlo por nuestra cuenta y medios. No es cuestión de razonamiento. Dios lo ha revelado a la Iglesia. Los dogmas y los mandamientos son absurdos, pero son un hecho bruto con que tenemos que contar. Contar con esos hechos irracionales, aceptarlos cuanto más absurdos nos parezcan, eso es la fe para nosotros que hemos estudiado en las cátedras de los ockamistas... Todo lo sobrenatural es irracional” (6). (Con

(3) Id., I, 113.

(4) Id., I, 135.

(5) Id., I, 158.

(6) Id., V, 144.

(1) Ortega y Gasset, *Obras completas*, I, 128.

(2) Id., I, 517.

una sencillísima distinción echaría a tierra tan burdos sofismas un alumno de primer curso de Filosofía, discurrendo así: "Son irracionales; es decir, *contra* la razón, niego: *sobre* las fuerzas de la razón, concedo. Mas eso no tiene nada de particular, siendo, como es la razón humana tan limitada que ni aun muchísimas de las cosas naturales que nos rodean alcanzan a ella a comprenderlas.)

Heterodoxia. "Es preciso podar el árbol dogmático, demasiado frondoso para el clima intelectual moderno: se hace forzosa una reforma de la letra católica" (7).

Negación de la antigüedad del culto a la Virgen María. El caballero (en el siglo XIII al XV) desvía sus ideas feudales hacia la mujer y decide servir a una dama. De esa época proviene el culto a la Virgen María, que proyecta en las regiones transcendentales la entronización de lo femenino acontecida en el orden subluminal" (8). (¡Y aplaudirán los oyentes este alarde de cultura medieval, sin advertir que el autor está soñando en borrar con un plumazo fantástico toda la literatura patristica y eclesiástica anterior al siglo XIII, rebosante de testimonios en favor del culto y amor a la Virgen María!)

Negación de la concordia entre la Ciencia y la Fe. No coecemos contra el destino: es inútil. El del hombre moderno y contemporáneo consiste en arrastrar esa dualidad íntima, y te-

ner que atender al doble y *opuesto* imperativo de la fe y de la razón (9).

Negación de un Cristianismo sobrenatural. El mundo se hizo cristiano porque vió en el Cristianismo el remedio de su desesperación: fué cosa natural (10).

Condenación de la vida cristiana que consista en imitar a Cristo. "La vida que consiste en imitar a Cristo, 1.º, se desinteresa de si Dios es de este o del otro modo; 2.º, de la Trinidad segrega una sola Persona, Cristo; 3.º, de Cristo toma, no lo que tiene de Persona trinitaria, sino lo que tiene de hombre ejemplar. He aquí por qué curioso escamoteo hemos llegado a una forma de religión en que, si se me entiende bien, hemos secularizado el cristiano, subrayando de Dios su única vertiente humana intramundana. Dios es, ante todo, el hombre de Cristo, que ni siquiera es sacerdote" (11). (Véase, entre paréntesis, con qué confusión de ideas y con qué penuria de conocimientos teológicos se atreven estos escritores a llegarse al terreno sacro de la Teología. Cualquier estudiante de esta ciencia los dejaría sin palabra con dos o tres textos de los Evangelios y de San Pablo. ¡Que Cristo no es sacerdote! Lea quien tal dice la Epístola a los Hebreos, en cuyo capítulo séptimo, verso 24, se lee: "*Cristo, por subsistir eternamente, posee el sacerdocio intransferible*".

Apostasía. "Yo, señores, no soy católico, y desde mi mocedad he procu-

rado que hasta los humildes detalles de mi vida privada queden formalizados acatólicamente". "Esta fórmula del futuro Catolicismo nos hace pensar a los que vivimos apartados de toda Iglesia" (12).

Hasta aquí la lista de ejemplos a través de los cuales hemos querido definir nuestra actitud acerca del carácter de los escritos de que se trata en la tesis, y mostrar cuál es la fisonomía de su oposición al criterio católico, en lo tocante a las creencias y al culto. Dijimos ya de antemano que nos íbamos a abstener, por motivos evidentes, de traer ejemplos de escritos opuestos a la moral. Séanos, con todo, permitido consignar en general, para dar la voz de alerta a los incautos, que en muchos de los escritores de lo que va de siglo, mayormente poetas, se nota una como obsesión de lo sensual, que no pocas veces baja hasta lo morbosamente sexual y obsceno. Las alusiones, metáforas, terminología y aun los asuntos preferidos, rezuman sensualidad, aspirada con moroso placer. Cuánto contagie a los lectores proceder tan impúdico, está por demás decirlo. ¿No será el motivo más verdadero, si bien inconfesable, de la predilección con que lee y vocea un sector del público, máxime entre la juventud, a tan procaces autores, el que esos autores le dan a diario lo que él busca y codicia?

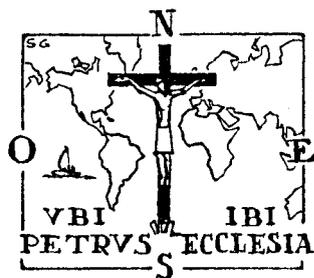
ARTURO M.^a CAYUELA, S. J.

(Continuará)

(7) Id., I, 429.
(8) Id., III, 472.

(9) Id., V, 153.
(10) Id., V, toda la lección VIII.
(11) Id., V, 147.

(12) Discurso en el cinema de la Opera. Madrid, 6 de diciembre de 1931. Obras, Ed. 1932, pág. 1395, V, 153.



DE LA QUINCENA RELIGIOSA

El Derecho Penal reclama una nueva atención

El comentario a ese tema — discurso del Papa a los miembros del VI Congreso Internacional de Derecho Penal — tenía, sin duda, desde el punto de vista cronológico su propio lugar, en la pasada quincena. Razones de espacio nos obligaron demorar la inserción de lo que sigue. Hoy lo hacemos persuadidos de que el discurso del Papa, tiene y tendrá por mucho tiempo la mismísima actualidad que ofrecía en el momento en que fué pronunciado, ya que mira a una serie de cuestiones, cuyo definitivo estudio y resolución está todavía por hacer y no pueden ya desligarse en adelante de las preciosas orientaciones y principios básicos enunciados por Su Santidad.

Las guerras pasadas significaron el planteamiento de nuevos y gravísimos problemas. Uno de éstos, importantísimo para la seguridad y el recto gobierno de la comuni-

dad de las naciones, afecta al Derecho Penal. La perfección del ordenamiento jurídico, en esa materia, haciase consistir en la formulación y mantenimiento de dos principios, reflejados en la doctrina y en la práctica de todos los Códigos: «Nullum crimen, sine poena, nulla poena sine lege». Todos los delitos tienen su correspondiente pena, y no puede aplicarse sanción penal ninguna que no se encuentre establecida en la ley. Los Códigos Penales debían abarcar y tipificar convenientemente todos los ilícitos posibles. Esto supuesto, el restablecimiento del equilibrio jurídico alterado por la comisión del ilícito debía lograrse por el único camino de la aplicación de la pena prefijada. De ese modo, así el derecho de la sociedad, como el del infractor, en el sentido, por lo que respecta a éste, de no ser castigado más que por el

delito efectivamente cometido, obtenían segura garantía. Es indiscutible que semejantes principios son los propios de un Derecho Penal bien pensado, pero resulta innegable también que cabe augurar un posible naufragio de los mismos en la corriente de nuevos avatares, si formulados en el campo de una teoría general del Derecho, no parte éste de la auténtica, por cristiana, concepción del hombre. Jamás se había dudado de la necesidad de asentar el Derecho Penal sobre tales principios, pero la fe en su virtuosismo, casi diríamos esencial, se afirma, en la medida en que va perdiéndose la noción del hombre como persona. Es significativo, entonces, que la catástrofe llegue precisamente, cuando tal noción se presenta totalmente desdibujada por obra de un agnosticismo religioso, cada día más extendido y pujante. En tal

momento debe situarse en el espacio histórico que abarca las dos últimas conflagraciones mundiales y sus consecuencias, en el que, de una parte, surgen y aparecen nuevas y descomunales formas de criminalidad política, y de otra, se llega al castigo de las mismas, por el empleo de métodos que redundan en perjuicio del sagrado carácter del Derecho. O sea, en último término, que la humanidad actual ha podido contemplarse a sí misma inerme y desamparada frente a actitudes humanas que entrañaban una abierta y positiva criminalidad.

La garantía suprema para una recta y pacífica convivencia ciudadana descansa en realidad sobre la base de unas verdaderas y justas creencias. Pero, la proclividad al mal, exige la presencia de una fuerza coercitiva, jurídicamente establecida, que dé al infractor el castigo que su falta merece. No pueden las naciones dejar de extraer las consecuencias que derivan de tan primario conocimiento. Por eso es de lamentar que la experiencia de nuevas formas criminosas no haya provocado la aparición en todos los ámbitos del mundo moderno de unas leyes penales encaminadas a reprimir aquéllas. Recientes están y todavía sangrantes por sus dolorosas aberturas las llagas de la pasada guerra, y a creer por los presagios que a diario nublan el horizonte político, acaso no esté lejana la hora de otra, más terrible conflagración. ¿Se ha prevenido la Humanidad ante la posible reiteración de tan lamentables formas criminosas? ¿Existen garantías ante el riesgo probabilísimo de nuevas deportaciones en masa, de nuevas desapariciones de millares de personas por el empleo de métodos «científicos» que son baldón e ignominia eterna

para la civilización que los ha puesto en práctica? ¿Están a salvo las mujeres y los niños indefensos de toda suerte de vejaciones dignas de la barbarie? He aquí un problema punzante y tremendamente amenazador, y al que sin embargo todavía no se ha prestado la atención debida. Es el Papa, custodio supremo del Derecho Natural quien lanza una vez más la voz de alerta. Todos los aspectos que presenta tan grave cuestión han sido iluminados por la voz del Vicario de Cristo.

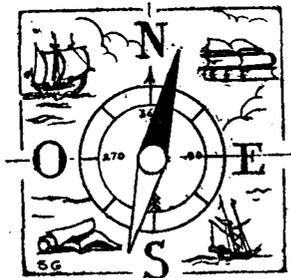
Pero la materia del problema no se agota con lo dicho. Decíamos antes que en la medida en que ha ido perdiéndose la fe en la noción cristiana de persona, se ha ido afirmando la confianza en el virtuosismo de unos principios formales del Derecho. El Derecho dice esencial y necesariamente relación a la persona. Un concepto deformado, de persona nos dará obligatoriamente un Derecho que, en último término no garantiza la auténtica libertad y las verdaderas prerrogativas de la persona. La teoría del Derecho Penal ha de atender entonces, si de veras se quiere que cumpla aquél con sus altísimos fines, a una serie de aspectos fundamentales. A la hora de poner en marcha la máquina de la justa represión que supone la vigencia del Derecho Penal la noción de la responsabilidad del culpable no puede configurarse de cualquier modo, ni siquiera de alguna manera permanecer al margen por la presencia de consideraciones que miran al efecto de seguridad social, que, innegablemente, el Derecho Penal persigue.

En suma: existe de un lado la necesidad urgente de prevenir la reiteración de aquellas formas de criminalidad, que amparadas bajo el pretexto de la defensa nacio-

nal, han procurado a la Humanidad en nuestros días terribles e inmensas desgracias. El temor a la pena evita siempre un sinnúmero de infracciones de la Ley y establece para el caso de la alteración del orden jurídico el camino debido para la aplicación justa del castigo. La obligación de recoger esas nuevas realidades, ofrecidas en los últimos decenios, en forma que habla muy claro sobre el triste grado de moralidad que ha alcanzado la moderna civilización, apremia a los estudiosos y a los responsables de la cosa pública. Pero, al mismo tiempo, y por otro lado, la consideración de esas mismas realidades ha de mover a pensar que sólo un Derecho Penal cimentado sobre la teoría recta y justa de la persona, será suficiente a la larga para lograr, en el mantenimiento de la santidad del Derecho, la consecución de la auténtica finalidad que busca el Derecho Penal, dentro de su más pura y estricta exigencia, y que es, reflejo en lo humano, de la Justicia de Dios, dar a cada uno según el mérito o demérito de su comportamiento ciudadano.

Una vez más, en esta hora de dificultades y de sombrías perspectivas para el futuro, es la palabra del Papa, rayo de luz que alumbra los únicos posibles panoramas de paz y de justicia. Con las consideraciones que anteceden, encaminadas tan sólo a poner de manifiesto una serie de cuestiones, íntimamente relacionadas entre sí y de candente actualidad en la problemática presente del Derecho Penal, hemos querido llamar la atención de nuestros lectores hacia un discurso de Su Santidad que está llamado a obtener amplias y eficaces resonancias.

HIIMMANU-HEL



DE LA QUINCENA POLITICA

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Consejo de Ministros en Londres - Tito amenaza - Reunión de los representantes occidentales - Invitación a la URSS - Israel y Norteamérica - ¿Los judíos exasperados? - Se teme la reanudación de las hostilidades en Palestina

Del 9 al 14 de octubre

CONSEJO DE MINISTROS EN LONDRES

«La atención (de la opinión pública) — escribe desde Londres Rafael de Luis — está dedicada a los asuntos internacionales y de modo especial a lo que el Gobierno inglés vaya a intentar respecto a la URSS. Ha encendido la curiosidad el inesperado Consejo de Ministros reunido ayer noche.

«En el orden del día no figuraba sin duda Trieste, porque la decisión de abandonar la ciudad, que interesa tanto a los ingleses como a los norteamericanos estaba decidida antes del Consejo de ayer. Tampoco necesitaban los acuerdos sobre la Guayana inglesa una especial atención. Se habían tomado antes del domingo, y cuando suponíamos que entre ellas figuraba la

suspensión de la Constitución estábamos en lo cierto...

«Tampoco puede haber sido materia de Consejo el anuncio — tan simpático — de que no se están imprimiendo nuevas cartillas de racionamiento... y se ha llegado a concluir que en el Consejo se discutió sobre política internacional y dentro de la política internacional sobre el problema de las relaciones con Rusia...

«Las noticias son escasas, pero los rumores... Se ha hablado con bastante insistencia de un viaje de Eden a la URSS. Puesto que las notas diplomáticas no descubren las intenciones de Moscú, se atribuía a sir Winston el propósito de enviar a su secretario de Asuntos Exteriores para averiguarlas. Hoy los rumores han dado un paso más allá: según estos informes, Churchill está decidido a buscar una entrevista personal con Malenkov y preparar

en ella una conferencia de los «cuatro grandes».

Continúa diciendo el corresponsal que vuelve a hablar de la propuesta de un Tratado de agresión, aunque nada se sabe con certeza de las reacciones posibles de Washington y París. Por cierto que en el Gobierno francés «se desarrolla en estos momentos una bonita lucha de la que no están ausentes los navajazos entre los que se inclinan a adoptar la actitud norteamericana y los que, decididos a mejorar incluso a los laboristas, quieren escuchar la sugestión de reunir a «los cinco» tal como proponía la última nota de Moscú».

Es posible que el gabinete londinense estudie la posición definitiva que habrá de adoptar en la próxima conferencia con los representantes de Norteamérica y Francia, con objeto de ponerse de acuerdo sobre la respuesta a dar a la URSS. Moscú en su

última nota a las potencias occidentales sugería una reunión de «los cinco», incluyendo a la China comunista, y al parecer dentro del Gobierno francés se han levantado voces contra la política exterior de Bidault, inclinado, según se dice, a seguir las consignas de Foster Dulles.

Sin embargo, el problema de Trieste continúa colocado en el primer plano de la actualidad...

TITO AMENAZA

Tito ha respondido con palabras y con obras a la declaración anglosajona sobre una inmediata retirada de Trieste y la entrega a los italianos de la zona A. En Skoplie, capital de Macedonia, el dictador de Belgrado ha anunciado en el transcurso de un acto público, que las tropas yugoeslavas entrarán en dicha zona en el momento preciso en que un soldado de Italia ponga el pie en la misma. Simultáneamente, se han organizado en la capital de Serbia importantes manifestaciones contra la decisión de los Estados Unidos y Gran Bretaña. La multitud ha irrumpido en el edificio del Servicio de Información norteamericano y ha maltratado a un diplomático de esta nacionalidad.

Al mismo tiempo, buques de guerra comunistas se han concentrado en Capo d'Istria, respaldando a las tropas yugoeslavas que sin cesar afluyen a la zona B triestina.

Pese a las amenazas de Tito, anuncian de Londres que «la decisión de entregar la zona A a los italianos no se rectificará ni aplazará». En tal caso, la guerra entre Yugoslavia e Italia sería un hecho. ¿Por qué? ¿Qué motivos pueden inducir a sospechar que Tito no habla seriamente? La declaración del dictador de Belgrado es clara y solemne: la entrada de un solo soldado en la zona A, supone el avance hacia Trieste de las fuerzas armadas comunistas. Y lógicamente, esto significaría la guerra.

¿Lo entienden así Londres y Washington? Entonces, la retirada de las tropas anglosajonas de Trieste podría indicar que existen ciertos elementos que ciertamente no se verían defraudados si el ejército rojo de Tito lograra invadir Italia. En tal caso, dado que Norteamérica y Gran Bretaña están en íntimas relaciones con Yugoslavia y con Italia, las dos potencias se quedarían probablemente al margen de una posible contienda. Ello supondría para Italia haber de luchar sola frente a una Yugoslavia fuertemente armada, gracias, no lo olvidemos, a los generosos créditos y suministros de Washington y Londres.

En resumen, la nota anglosajona sobre Trieste puede entrañar una auténtica trampa para los italianos.

Y quien dice Italia dice Roma, y quien dice Roma... ¿Qué hay detrás de la gravísima conjuración tramada alrededor de Trieste?

Del 15 al 19 de octubre

REUNIÓN DE LOS REPRESENTANTES OCCIDENTALES

Ha terminado la conferencia que se ha celebrado en Londres entre los ministros de Asuntos Exteriores de Norteamérica, Gran Bretaña y Francia.

El comunicado oficial facilitado al final de las reuniones, da cuenta de los asuntos que se han debatido y de los acuerdos tomados con respecto a ellos, en la siguiente forma:

1) «Los tres ministros aprobaron la réplica a la Unión Soviética referente a discusiones sobre Alemania y Austria. En sus notas, los tres Gobiernos han renovado su invitación a la Unión Soviética para una inmediata reunión de los ministros de Asuntos Exteriores.»

2) «Los ministros examinaron el problema de Trieste. Están de acuerdo en perseverar en sus esfuerzos conjuntos para llevar a cabo un arreglo duradero en dicha zona.»

3) «Los ministros de Asuntos Exteriores toman nota con grave preocupación de los recientes incidentes, que han culminado en una acción armada por parte de Israel en Gibya, la cual, según su información, ha tenido como consecuencia graves pérdidas de vidas y propiedades dentro de Jordania... Por tanto han requerido conjuntamente una reunión urgente del Consejo de Seguridad para estudiar la tensión entre Israel y los vecinos Estados árabes, con particular referencia a los recientes actos de Israel que, a su juicio, violan los acuerdos generales de armisticio.»

4) «Revisaron la situación en Extremo Oriente. En su fuerte determinación de sostener y consolidar la tregua en Corea, los tres Gobiernos continuarán cooperando en llevar a la práctica el acuerdo de armisticio y en trabajar para una pronta reunión de una conferencia política como se prevé en el acuerdo, con objeto de lograr un arreglo pacífico de la cuestión coreana.»

5) «El ministro francés de Asuntos Exteriores dió cuenta de los resultados militares obtenidos hasta ahora en Indochina... Los tres ministros se mostraron de acuerdo en que la victoriosa conclusión de esta guerra será un paso esencial hacia el restablecimiento de la paz en Asia, comenzando por el armisticio en Corea.»

Lo que no dice el comunicado, es que en realidad el principal acuerdo obtenido es el de la unidad de acción de las tres potencias occidentales. Sin embargo, la respuesta de la Unión Soviética a la nueva proposición del Occidente, el desenvolvimiento de la cuestión de Corea y la reacción de Israel, pueden ser otros tantos obstáculos que haga vacilar la unanimidad conseguida en Londres.

INVITACIÓN A LA URSS

La nota oficial enviada por los Gobiernos de Washington, Londres y París al Gobierno soviético, mantiene la tesis de que «un arreglo satisfactorio del problema que se refiere a Alemania y Austria es claramente esencial para cualquier real y duradera relajación de la tensión internacional, y es vital para aquellas naciones», afirmando que la discusión abierta, «y no embarcándose en un ulterior cambio de notas», sobre el porvenir de ambas naciones, puede significar un «progreso real hacia la solución de las principales cuestiones internacionales».

En consecuencia, las tres potencias occidentales proponen una reunión a cele-

brar en Lugano el día 9 de noviembre, «esperando sinceramente que el Gobierno soviético accederá a participar» en la misma.

Pero en la nota, se sugiere una fórmula para satisfacer la demanda soviética de una conferencia de «los cinco», que al mismo tiempo daría satisfacción a los deseos coincidentes de Francia y posiblemente de Gran Bretaña. Aprovechando la coyuntura de discusiones en Panmunjon sobre «los preparativos de la conferencia de la paz», dicen los occidentales que «los cinco Gobiernos citados en la nota soviética podrían estar representados en esta conferencia que se espera se reúna en una fecha próxima».

¿Será acaso éste el procedimiento para reconocer indirectamente al Gobierno comunista chino y facilitarle después su entrada en las Naciones Unidas? ¿Significa esta alusión a «los cinco» una concesión a la URSS en el caso de que Moscú acceda a concurrir a Lugano el próximo día nueve?

ISRAEL Y NORTEAMÉRICA

«Los Estados Unidos, en una de las más agudas repulsas a Israel — dice una noticia fechada en Washington —, ha pedido el severo castigo de las fuerzas judías que atacaron el sábado una aldea de Jordania... Los Estados Unidos han notificado también a Israel que les retirarán su ayuda financiera mientras el Gobierno israelita no cese en su intento de desviación de las aguas del Jordán a lo largo de la frontera siria, declaren altos funcionarios norteamericanos, añadiendo que el Departamento de Estado considera el proyecto del Gobierno israelita como violación del armisticio de Palestina.»

Por su parte, «Inglaterra ha protestado cerca del Gobierno judío contra los responsables de los recientes incidentes fronterizos en que se dice resultaron muertos por las fuerzas judías 42 árabes y 16 heridos. El Foreign Office declara que el ataque israelí a Jordania es la violación más grave registrada hasta ahora del armisticio de Palestina, y que sólo servirá para hacer peligrar la paz en aquella zona.»

De Jordania se anuncia que una gran manifestación ha recorrido las calles de Amman, bajo la dirección del preceptor general de la Hermandad Musulmana, el cual presentó al ministro del Interior una petición solicitando una actitud más enérgica hacia Israel.

El supervisor de las Naciones Unidas en la tregua de Palestina, general V. Bennicke, ha llegado a Jordania para entrevistarse con el jefe del Gobierno de este país, el cual se encuentra en Gibya, escenario de la reciente matanza organizada por elementos judíos. Los agregados militares de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia han visitado el poblado especialmente las ruinas de cuarenta y una viviendas que fueron voladas con explosivos en el transcurso de la incursión de las fuerzas armadas de Israel.

Para comprender exactamente el alcance de la reacción occidental ante la agresión judía, habrá de verse el desarrollo de las sesiones del Consejo de Seguridad de la ONU, en las que se estudiarán las consecuencias de la tensión entre Israel y los países árabes. Entre tanto, cabe conjeturar la posición de Israel ante el «última-

ACTUALIDAD

tum» de Norteamérica. ¿Se sujetarán los judíos a las exigencias de Washington? ¿Llegarán los norteamericanos a cortar la ayuda a Israel en el caso de que los sionistas se nieguen a aceptar sus condiciones?

Del 21 al 24 de octubre

¿LOS JUDÍOS EXASPERADOS?

Traducimos de un editorial de «Le Monde»:

«Asistimos hoy, en todos los terrenos, a la exasperación de la nación israelita, abandonada a sí misma, aislada por el «cordón sanitario» árabe y amargamente desilusionada por el visible cambio de actitud que hacia ella han adoptado los Estados Unidos.

«Este cambio es también un resultado del famoso viaje de Dulles en el Próximo Oriente... A su vuelta a Washington, Dulles debía sacar consecuencias inesperadas de su encuesta: convencido del apoyo de Israel, decidió atenuar algo la ayuda norteamericana al Estado judío y consagrar sus esfuerzos para ganar por todos los medios la amistad de los países árabes...

«Los resultados de la política Dulles comienzan ya a manifestarse. Sin duda, los Estados Unidos esperan todavía captar a su favor la opinión de los países árabes, o al menos la de sus dirigentes... Pero, al mismo tiempo, la influencia norteamericana está perdiendo posiciones en Israel.»

Alude después a los incidentes registrados entre los judíos de Israel y sus vecinos árabes, asegurando que los extremistas judíos «se encontraban regularmente obligados a hacer marcha atrás ante la enérgica presión de las autoridades».

Pero ahora, dice, las cosas han cambiado. «La antigua ley hebraica del talión vuelve a reinar de nuevo en Jerusalén. Los judíos parecen decididos a devolver golpe por golpe.»

Y concluye: «Es dudoso que Israel se resigne a esperar pasivamente el instante en que el equilibrio en el Oriente Próximo se rompa a favor de sus vecinos. De ahí la acción de estos últimos días: llamar la atención del mundo occidental sobre la gravedad de la situación y presionar a los Estados Unidos a revisar una vez más su actitud frente a la amenaza de una reanudación del conflicto.»

«Es que Israel prepara una nueva lucha armada con los países árabes? ¿Es que la agresión de Gibya forma parte de esta «acción» encaminada a «llamar la atención del mundo occidental» y a «presionar a los Estados Unidos»?

Si ello fuera así, no sería probablemente exagerado suponer alguna relación entre el expansionismo judío, aun a costa de «una renovación del conflicto» con los países árabes, y la absurda agravación del problema triestino. ¿Quién necesita hoy de una nueva guerra para lograr sus objetivos?

SE TEME LA REANUDACIÓN DE HOSTILIDADES EN PALESTINA

Comentando la tensión existente entre Israel y Jordania, el corresponsal de «Le Monde» en Damasco, escribe:

«La gente se pregunta si la superpoblación de la Palestina judía no provocará en un futuro una amenaza más grave para la seguridad de los Estados árabes vecinos, ya que desde ahora se prevé el momento en que Israel formulará reivindicaciones territoriales y pondrá fin a la actual tregua.»

He ahí la verdadera cuestión que ha quedado sin solución posible después del armisticio, y de la que las Naciones Unidas parecen haberse olvidado: la realidad de una inmigración masiva de judíos en Israel, que supone una amenaza constante para los árabes. El planteamiento de este problema así como la aplicación de los acuerdos sobre la internacionalización de Jerusalén, podrían ser un indicio de la sinceridad de las Naciones Unidas en su proclamado deseo de poner término a la tensión existente en el Próximo Oriente. Sin una adecuada acción global sobre los diversos aspectos de tan grave problema, no puede afirmarse que exista un cambio fundamental de posición del mundo occidental frente a los judíos. Aunque Norteamérica haya retirado a Israel su ayuda financiera...

SHEHAR YASHUB

LIBROS RECIBIDOS

EUCARÍSTICAS, por M. Chufre Gomá. — Elogio y recomendación del Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Barcelona. Barcelona. Librería Casulleras.

EUCARISTÍA, por el Dr. Ricardo Aragón. — Compendio dogmático-histórico. Barcelona 1952.

CREER ES CREAR, por Arturo Llopis. — Una vida al servicio de Dios. Barcelona 1952.

LA SEDA EN LA LITURGIA. Exposición organizada por el Colegio de Arte Mayor de la Seda de Barcelona con ocasión del XXXV Congreso Eucarístico Internacional. — Barcelona-Capilla del antiguo hospital de la Santa Cruz. Mayo-Junio de 1952.

ANGUSTIA, ENFERMEDAD, PLACER, por el P. Jesús Muñoz Pérez-Vizcaino S. J. — Psicología de la vida cotidiana. Publicaciones anejas a Miscelanea. Serie Ciencia y Arte. Universidad pontificia de Comillas. Santander.

CON CENSURA ECLESIASTICA

Patrono:

En la educación católica de tus hijos
no dejes de inculcarles
el amor a la justicia social

Cuando quiera saber el desarrollo de las actividades
católicas en Barcelona.

Cuando necesite información católica sobre la vida ca-
tólica ciudadana.

Cuando dude Ud. de la conformidad de los actos que
se celebran con el criterio de la Iglesia.



NO DUDE: SUSCRIBASE O ADQUIERA

'' GUIA DEL CATOLICO ''

Número suelto UNA pta.

Lauria, 19, 1.º 1.ª

24 ptas. anuales Colaborador
48 » » Protector

«EL CATOLICO PARA EL CATOLICO Y AMAR AL PROJIMO»



En su viaje a Mallorca visite las

Cuevas de Artá

Una maravilla entre maravillas

FEDERICO MARCET

Fábrica de Hilados, Torcidos y Fantasías de Lana y Estambre
Paños y Novedades en Tejidos de Lana y Estambre

Pantano, 20

TARRASA

Teléfono 3026

P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E



P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E

Federico Bernadà Roca

Agente Comercial Colegiado

Valencia, 347 - BARCELONA - Tel. 37 60 82

Gestiona: Suscripción y adquisición de revistas
y libros católicos, toda clase de trabajos
de imprenta y encuadernaciones,
cobro de recibos

APRESTOS, TINTES y ACABADOS

MANUFACTURA AUXILIAR S. A.

APRESTOS: Ntra. Sra. de los Angeles, 13
Teléfono 2384

DESPACHO y TINTES: San Sebastián, 127
Teléfono 1103

TARRASA

ENCUADERNACIONES

R. GIRBES SANCHIS

Sagunto, 75 - Tel. 2371 50
BARCELONA (Sans)